

Bruno Schulz

LA PRIMAVERA



Lectulandia

La Primavera —más que un relato, una novela corta— forma parte del corpus narrativo de *El Sanatorio de la Clepsidra* (1934), segundo libro en prosa de Bruno Schulz, escritor judío-polaco que levantó en muy poco tiempo una obra literaria —además de gráfica— poderosa y de largo aliento, que lo ha situado entre los grandes nombres de la literatura universal. *La Primavera* contiene todos esos elementos característicos de la novela romántica de corte histórico del siglo XIX: amor, poesía, intrigas, política, conjuras de palacio, personajes de trazo soberbio como la enigmática Bianka —o Józef— el mismo protagonista, y hasta un alucinante panóptico de figuras de cera que vuelven a cobrar vida animada por mor de la magia negra y poética que Schulz y su alter ego —el protagonista de la historia— despliegan en cada página.

Lectulandia

Bruno Schulz

La primavera

ePUB v1.0

chungalitos 02.04.12

más libros en lectulandia.com

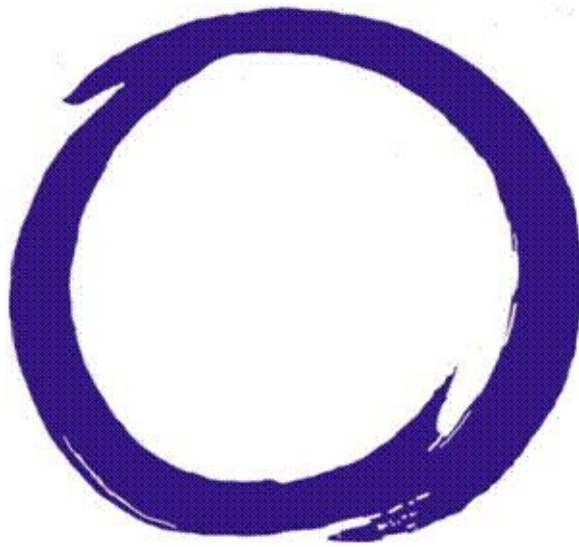
Título original: *Wiosna*

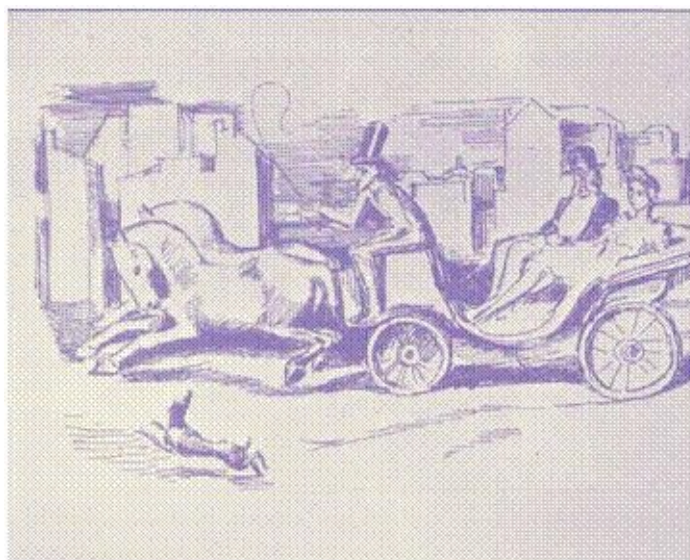
Traducción de Jorge Segovia y Violeta Beck

Primera edición: 2009

Maldoror ediciones

ISBN-10: 84-96817-12-1





I

He aquí la historia de una primavera que fue más auténtica, más deslumbrante y más violenta que las otras, que simplemente tomó en serio, al pie de la letra, su texto, ese manifiesto inspirado, escrito con un rojo de fiesta, el más claro, el del lacre y el calendario, del lápiz de color y del entusiasmo, amaranto de los telegramas felices de allá...

Cada primavera comienza así, con sus horóscopos enormes y embriagadores y que no están hechos a la medida de una sola estación; en cada primavera — digámoslo de una vez— hay todo esto: desfiles y manifestaciones interminables, revoluciones y barricadas; cada primavera es en un momento dado atravesada por un viento cálido de encarnizamiento, una tristeza, un encantamiento sin límites que busca en vano su equivalente en la realidad.

Más tarde, esas exageraciones y apogeos, esas acumulaciones y éxtasis entran en floración, se funden en la exuberancia de los follajes que se agitan en los jardines primaverales, en la noche, y el murmullo las absorbe. Así las primaveras se reniegan, sumergidas en los murmullos apagados de los parques en flor, en las crecidas y mareas; olvidan sus promesas, pierden una a una las páginas de su testamento.

Sólo esta primavera tuvo el coraje de durar, de permanecer fiel, de mantener todas sus promesas. Después de tantas fracasadas tentativas, anhelos, conjuros, quiso al fin establecerse verdaderamente, hacer explotar a través del mundo una primavera general y definitiva.

¡Viento, huracán de acontecimientos: el feliz golpe de Estado, días patéticos, espléndidos, triunfales! ¡Quisiera que el desarrollo de mi historia cogiese su ritmo animado, que adoptase el paso y el tono heroicos de esa epopeya, el ritmo de esa primaveral Marsellesa!

Insondable es el horóscopo de la primavera. Ésta aprende a leerlo de cien maneras a la vez, busca a ciegas, silabea en todos los sentidos, feliz cuando logra descifrar algo entre los engañosos pronósticos de los pájaros. Lee ese texto al derecho y al revés, perdiendo el sentido y volviendo a encontrarlo, en todas sus versiones, en

miles de alternativas, de gorjeos y trinos. Su texto está por entero compuesto de elipsis, de puntos suspensivos trazados en el azul vacío, y, en los espacios entre las sílabas los pájaros deslizan sus caprichosas conjeturas y sus previsiones. Es por lo que mi historia, a imagen de ese texto, seguirá distintas vías ramificadas y será tejida con guiones, con suspiros y frases inacabadas.

II

En esas noches anteprimaverales, dilatadas y salvajes, cubiertas por un cielo inmenso, todavía austeras y sin aroma, conduciendo a través de los accidentes del firmamento hacia los desiertos estrellados, mi padre me llevaba a cenar al jardín de un pequeño restaurante, encerrado entre los muros ciegos de las últimas casas de la plaza que le daban la espalda.

Caminábamos bajo la luz húmeda de las farolas que vibraban ante los golpes de viento, a través de la gran plaza abovedada, solos, abrumados por la inmensidad de los laberintos celestes, perdidos y desorientados bajo los espacios vacíos de la atmósfera. Mi padre levantaba hacia el cielo su rostro inundado de una débil claridad y miraba con una tristeza amarga la grava de las estrellas diseminada, los torbellinos desatados. Sus densidades irregulares aún no se ordenaban en constelaciones, ninguna figura organizaba aquellas dimensiones estériles.

La tristeza de los desiertos estrellados pesaba sobre la ciudad, las farolas tejían la noche que se proyectaba en el suelo con haces luminosos, que ataban imperturbablemente, nudo tras nudo. Bajo las farolas, los transeúntes se detenían — ora dos, ora tres— en el círculo de luz que creaba en torno a ellos la ilusión efímera del comedor iluminado por su lámpara sobre la mesa, rodeados por una noche indiferente, inhóspita, que se dispersaba por arriba, y devenía un paisaje celeste inextricable, deshilachado por golpes de viento desoladores. Las conversaciones languidecían; con los ojos ocultos en la penumbra de los sombreros, sonreían, meditabundos, escuchando el murmullo lejano de las estrellas, que dilataba los espacios de esa noche.



En el jardín del restaurante los senderos eran de gravilla. Dos farolas de gas silbaban en sus postes. Vistiendo negras levitas, los señores permanecían sentados — ora dos, ora tres—, encorvados ante las mesas cubiertas de manteles blancos, con su mirada apagada fija en los relucientes platos. Inmóviles, calculaban los movimientos en el gran tablero negro de ajedrez del cielo, imaginaban los saltos de los caballos, las piezas perdidas y las constelaciones que enseguida ocupaban su lugar.

En el estrado, los músicos mojaban sus bigotes en jarras de cerveza amarga, apagados y silenciosos, sumidos en sí mismos. Sus instrumentos, violines y violonchelos de nobles contornos, yacían abandonados bajo el aguacero silencioso de las estrellas. A veces los agarraban con las dos manos, los probaban, los afinaban con la nota quejumbrosa de su pecho que verificaban carraspeando. Después los dejaban, como si los instrumentos no estuvieran todavía maduros, a la medida de aquella noche que seguía transcurriendo impasible. Entonces, en la marea baja de los pensamientos, entre el ligero tintineo de los cubiertos proveniente de las mesas blancas, un solo violín se alzó bruscamente, precozmente crecido, adulto; hace un momento tan quejumbroso y meditabundo, se mantenía ahora ante nosotros, esbelto, de talla fina, y, consciente de su misión, retomaba la causa humana diferida un instante, continuaba el proceso perdido ante el tribunal del firmamento donde se dibujaban con signos de agua las curvas y los perfiles de los instrumentos, fragmentos de llaves, liras y cisnes inacabados, [1] imitativo comentario maquinal de las estrellas al margen de la música.

El señor fotógrafo, que desde hacía algún tiempo nos lanzaba miradas de inteligencia, vino finalmente a sentarse a nuestra mesa trayendo su jarra de cerveza. Nos dirigía sonrisas equívocas, luchaba con sus propios pensamientos, hacía tamborilear los dedos, perdía sin cesar el hilo de la situación. Sentíamos desde el primer momento cuánto había allí de paradójico. Ese campamento improvisado en el restaurante bajo los auspicios de las estrellas lejanas caía irremediablemente en quiebra, se hundía de modo miserable, no pudiendo hacer frente a las pretensiones de la noche que crecían con desmesura. ¿Qué podíamos nosotros oponer a aquellos desiertos sin fondo? La noche aniquilaba la empresa humana que el violín trataba en vano de defender, ocupaba el lugar vacío, disponía sus constelaciones en las posiciones conquistadas.

Veíamos el campamento de mesas en desbandada, el campo de batalla de servilletas y manteles abandonados que la noche franqueaba triunfal: la noche luminosa e incontable. Nosotros nos levantamos, mientras que, habiéndose adelantado a nuestros cuerpos, nuestro pensamiento corría ya tras el rumor de sus carros, [2] tras el lejano y difuso rumor de sus grandes caminos claros.

Caminábamos bajo los cohetes de los astros, nuestra imaginación anticipando iluminaciones cada vez más altas. ¡Oh, el cinismo de la noche triunfante! Habiendo

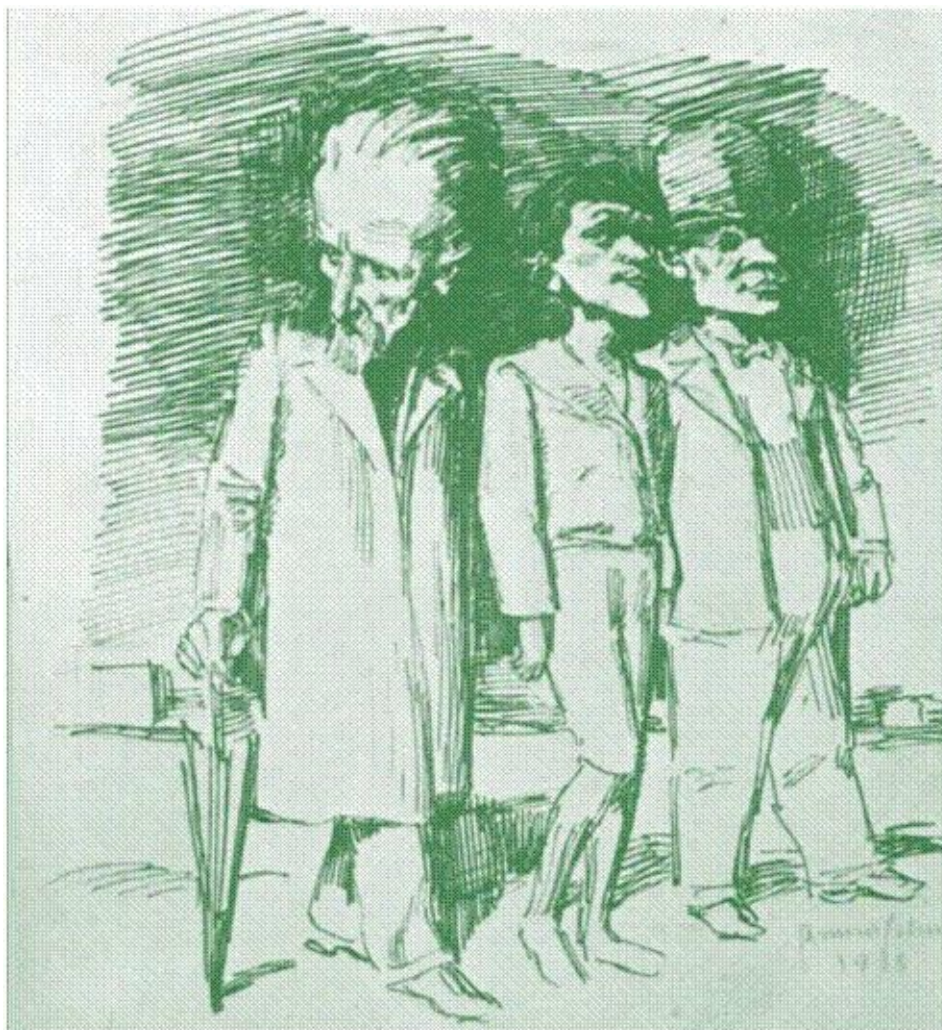
tomado posesión de todo el cielo, jugaba ahora al dominó, sin apresurarse, sin contar, recogiendo con desdén los millones ganados. Después, aburrida, trazaba sobre el campo desolado miles de garabatos traslúcidos, caras sonrientes, siempre una única y misma sonrisa que, en algunos instantes, ya eterna, pasaría a las estrellas para perderse en su indiferencia.

Nos detuvimos en la pastelería para comprar dulces. Apenas habíamos traspasado la puerta acristalada, resonante, con un interior blanco, frío, lleno de golosinas brillantes, cuando la noche detuvo de golpe todas sus estrellas, bruscamente atenta, curiosa de saber si no iríamos a escaparle. Nos esperó todo ese tiempo pacientemente, montando guardia delante de la puerta, haciendo brillar a través de los cristales los planetas inmóviles, mientras que nosotros escogíamos los dulces tras una madura reflexión. Fue entonces cuando vi a Bianka por primera vez. Acompañada de su institutriz, permanecía de pie cerca del mostrador, en vestido blanco, de perfil, delgada y caligráfica, como salida del Zodíaco[3]. Manteniendo una pose característica de joven altiva, no se volvió y siguió comiendo un pastel de crema. Todavía bajo la influencia del zigzag de las estrellas, no la veía con claridad. Así se cruzaron por primera vez nuestros horóscopos, aún muy enredados. Se encontraron y se separaron insensiblemente. Aún no habíamos comprendido nuestro destino en ese temprano aspecto astral y salimos haciendo resonar la puerta acristalada.

Regresamos después por un camino apartado, atravesando un lejano suburbio. Las casas eran cada vez más bajas y dispersas; finalmente, las últimas estaban separadas y entramos en un clima diferente. De súbito, nos encontramos en medio de una primavera suave, de una noche tibia que plateaba el fango con los rayos de una luna joven, malva pálido, apenas surgida. Esa noche se anticipaba con un apresuramiento febril a sus fases ulteriores. Hace un momento sazonada con el sabor acre habitual de la estación, el aire se tornó repentinamente suave, insípido, impregnado de los olores de la lluvia, de la tierra húmeda y de las primulas que florecían en la blanca luz mágica. Era igualmente extraño que bajo aquella luna generosa la noche no llenase aquel plateado fango con el desove gelatinoso de las ranas, que no abriese las ovas, o hiciese hablar a las miles de pequeñas y locuaces bocas diseminadas por los espacios pedregosos, donde en los menores intersticios rezumaban los hilos brillantes de una dulcedumbre agua. Hay que adivinar, añadir el croar al rumor de las fuentes, a los temblores secretos. Un momento detenida, la noche se puso en marcha, la luna estaba cada vez más pálida, como si hubiera vertido su blancura de una copa a otra, cada vez más alta y luminosa, cada vez más mágica y trascendente.

Caminábamos así bajo la gravitación creciente de la luna. Mi padre y el señor fotógrafo me habían cogido entre ellos, porque me caía de sueño. La tierra húmeda crujía bajo nuestros pasos. Yo dormía desde hacía algún tiempo, encerrando bajo los

párpados toda la fosforescencia del firmamento barrido por signos luminosos, por señales y fenómenos estrellados, cuando finalmente nos detuvimos en pleno campo. Mi padre me acostó sobre su abrigo extendido en el suelo. Con los ojos cerrados, veía el sol, la luna y once estrellas alineadas en el cielo para el desfile, que marchaban delante de mí.



—¡Bravo, Józef! —exclamó mi padre aplaudiendo. Fue un plagio evidente aplicado a otro Józef[4], en circunstancias muy distintas. Nadie me lo reprochó. Mi padre —Jakub— movió la cabeza y chasqueó la lengua, el señor fotógrafo colocó su trípode en la arena, abrió el fuelle de la cámara y se metió bajo los pliegues de tela negra: fotografiaba ese fenómeno extraordinario, ese horóscopo brillante en el cielo, mientras que yo, con la cabeza bañada en la claridad, estaba tendido sobre el abrigo, inerte, sosteniendo ese sueño el tiempo de la exposición.

III

Los días se hicieron largos, claros y amplios, casi demasiado amplios visto su contenido, indefinido y pobre. Eran días llenos de espera, palideciendo de aburrimiento e impaciencia. Un soplo claro, un viento brillante atravesaba su vacío que aún no era turbado por los senderos de los jardines desnudos y soleados, limpiaba las calles tranquilas, largas y claras, barridas como los días de fiesta y que, también ellas, parecían esperar una llegada, todavía desconocida y lejana. El sol se dirigía lentamente hacia el equinoccio, ralentizaba su curso, alcanzaba la posición en la que debía detenerse en un equilibrio ideal, arrojando torrentes de fuego sobre la tierra desierta.

Un soplo infinito recorría el horizonte en toda su extensión, disponía los setos y las avenidas a lo largo de las líneas puras de las perspectivas y se detenía al fin, sofocante, inmenso, para reflejar, en su espejo que abrazaba el mundo, la imagen ideal de la ciudad, fatamorgana sumida en su anfractuosidad luminosa. El universo se inmovilizaba un instante, sin aliento, ciego, queriendo entrar todo entero en esa imagen quimérica, eternidad provisoria que se abría ante él. Pero el segundo feliz pasaba, el viento rompía su espejo y el tiempo volvía a tomarnos en su posesión.

Llegaron las vacaciones de Pascua, interminablemente largas. Liberados de la escuela, deambulábamos por la ciudad sin necesidad ni fin, sin saber aprovechar la libertad vacía, imprecisa, inutilizable. No encontrando nosotros mismos definición, esperábamos una del tiempo que, embrollado en miles de respuestas equívocas, tampoco él sabía encontrar.

Se habían dispuesto ya las mesas en la acera delante del café. Las señoras con vestidos claros estaban sentadas y aspiraban el viento a pequeños tragos, como se degusta un helado. Las faldas flotaban, el viento les mordisqueaba el dobladillo como un cachorro furioso, las mejillas de las señoras se sonrosaban, el viento seco quemaba sus rostros, agrietaba sus labios. El entreacto duraba todavía y su gran tedio, el mundo se acercaba suavemente, con angustia, a una frontera, llegaba —demasiado pronto— a un objetivo y esperaba.

En aquellos días, teníamos todos un apetito de ogro. Deshidratados por el viento, nos precipitábamos en la casa para devorar grandes rebanadas de pan con mantequilla, comprábamos en la calle rosquillas crujientes y frescas, durante horas permanecíamos sentados en fila, sin un pensamiento en la cabeza, bajo el amplio porche abovedado de un inmueble de la plaza del mercado. Entre las arcadas bajas se veía la plaza blanca y limpia. Los toneles de vino estaban alineados a lo largo del muro y olían bien. Repiqueteando con el pie sobre las planchas de madera, entorpecidos por el tedio, nos sentábamos en el largo mostrador en el que, los días de mercado, se vendían las pañoletas abigarradas de las campesinas.

Repentinamente, Rudolf, con la boca llena de rosquillas, sacó de un bolsillo interior su álbum de sellos y lo abrió ante mis ojos.

IV

En aquel momento, comprendí por qué esa primavera había sido hasta entonces tan vacía, tan cerrada y tan sofocante. Inconscientemente, se silenciaba, se callaba, retrocedía [5], dejaba el sitio libre, se abría enteramente como un espacio puro, un azul sin opiniones ni definiciones, forma asombrada y desnuda que esperaba un contenido misterioso. De ahí procedía esa neutralidad azul, como despertada en sobresalto, esa inmensa disponibilidad. Esa primavera estaba a punto, amplia, desierta y disponible, sin aliento y sin memoria: aguardaba la revelación. ¿Quién hubiera podido prever que saldría, deslumbrante y adornada, del álbum de sellos de Rudolf?

Eran abreviaciones y fórmulas extrañas, recetas de civilizaciones, amuletos de bolsillo en los que se podía agarrar con dos dedos la esencia de los climas y de las provincias. Eran órdenes de pago en imperios y repúblicas, en archipiélagos y continentes. ¿Qué poseían de más los emperadores y usurpadores, los conquistadores y dictadores? Súbitamente sentí la dulzura del poder, el acicate de esa insatisfacción que sólo el gobierno de las tierras puede saciar. Con Alejandro el Grande [6] yo deseé el mundo. Y ni una pulgada menos, todo el mundo.

V

Sombrío y ardiente, colmado de un áspero amor, recibía el desfile de la creación: países en marcha, comitivas brillantes que veía a intervalos, a través de eclipses púrpuras, aturdido por los golpes de la sangre que golpeaba en mi corazón al ritmo de esa marcha universal de todas las naciones. Rudolf hacía desfilar ante mis ojos

batallones y brigadas, organizaba la parada con celo, con dedicación. Él, el dueño de ese álbum, se degradaba voluntariamente, descendía al rango de un ayuda de campo, recitaba su informe solemnemente, como un juramento, cegado y desorientado en su rol ambiguo. Finalmente, en un arrebató, empujado por una magnanimidad desmesurada, colocó en mi pecho —como si se tratara de una medalla— una Tasmania rosa, resplandeciente como el mes de mayo, y un Hajdarabad plagado de alfabetos extraños, entrelazados [7].

VI

Fue en aquel momento cuando tuvo lugar la revelación, visión bruscamente descubierta, fue en aquel momento cuando llegó la buena nueva, mensaje secreto, misión especial de posibilidades incalculables. Horizontes violentos se abrieron por completo, feroces hasta cortar el aliento, el mundo brillaba y temblaba, se inclinaba peligrosamente, amenazando con romper las amarras de todas las reglas y todas las medidas.

¿Qué es para ti, querido lector, un sello de correos? ¿Y qué el perfil de Francisco José I con su calvicie ornada por una corona de laurel? ¿No es el símbolo de la grisalla cotidiana, límite de todas las posibilidades, garantía de fronteras infranqueables donde el mundo ha sido encerrado de una vez para siempre?



En aquella época, el mundo estaba cercado por Francisco José I[8] y no había salida que llevara más allá. Ese perfil omnipresente e inevitable surgía en todos los horizontes, aparecía por todos los rincones de las calles, cerraba el mundo con llave como una prisión. Y he aquí que, en el momento en que nosotros ya habíamos perdido la esperanza, cuando llenos de una amarga resignación habíamos aceptado la univocidad del mundo, su estrecha invariabilidad cuyo poderoso garante era Francisco José I, en aquel momento, oh Dios mío, tú has abierto súbitamente ante mí ese álbum de sellos como una cosa anodina, me has permitido echar una mirada fugaz sobre ese libro fascinante, sobre ese álbum que abandonaba su ropaje a cada página, cada vez más cegador, cada vez más conmovedor... ¿Quién va a reprocharme por haber quedado deslumbrado, paralizado por la emoción, que las lágrimas corriesen de mis ojos bañados de claridad? ¡Oh, relatividad maravillosa, acto copernicano, fluidez de las categorías y las nociones! ¡Así, oh Dios mío, has permitido tantos modos, incontables, de existencia! Es más de lo que yo había soñado en mis sueños más locos. ¡Así, esa anticipación de mi alma no me había equivocado, mi alma que, contra toda evidencia, se obstinaba en creer que el mundo era infinitamente diverso!

VII

El mundo se limitaba entonces a Francisco José I. En cada sello de correos, en cada moneda, en cada estampación, su imagen confirmaba la inmutabilidad, el dogma inquebrantable: tal es el mundo y no hay otros mundos posibles fuera de este, decía el sello ornado con el anciano real-imperial. Todo lo demás sólo es ilusión, pretensión extravagante y usurpación. Alojado en toda cosa, Francisco José I había detenido el mundo en su desarrollo.

Querido lector, todo nuestro ser se inclina a la lealtad. La lealtad de nuestra naturaleza educada no es insensible al encanto del poder. Francisco José I era el poder supremo. Si ese anciano autoritario ponía todo su peso en la balanza, no había nada que hacer, había que renunciar a todas las esperanzas del espíritu, a sus presentimientos ardientes, organizarse bien que mal en ese mundo —el único posible— sin ilusiones y sin romanticismo: había que olvidar.

Sin embargo, cuando la prisión se había irrevocablemente cerrado, cuando la última salida había sido tapada, cuando una conjuración de silencio había rodeado al prisionero, Francisco José I habiendo amurallado, obstruido el más pequeño intersticio con el fin de que no te viésemos, entonces, oh Dios mío, has surgido, vestido con el abrigo rumoroso de los mares y los continentes y tú lo has desmentido; Señor, has cargado con la infamia de la herejía al hacer estallar esa enorme blasfemia, florida y espléndida. ¡Oh, Heresiarca[9] espléndido! Tú me has deslumbrado

entonces con ese libro resplandeciente, has explotado en el bolsillo de Rudolf al manifestarte en su álbum de sellos. En esa época, yo no conocía aún la forma triangular del álbum. En mi inconsciencia, lo había confundido con una pistola de cartón con la cual disparábamos en clase, bajo el pupitre, para mayor contrariedad de los profesores. ¡Y tú has disparado, Señor! ¡Fue tu cálida retahíla, tu filípica luminosa y soberbia contra Francisco José I y su Estado de prosa, fue el verdadero libro del esplendor! [10]

Entonces lo abrí y los colores del mundo brotaron delante de mis ojos, el viento de los espacios inmensos, el panorama de los horizontes cambiantes. Tú atravesabas sus páginas, arrastrando la cola de tus vestiduras tejida con todas las esferas y todos los climas: Canadá, Honduras, Nicaragua, Abracadabra, Hiporabundia. Te había comprendido, Señor. Todo eso eran los subterfugios de tu riqueza, las primeras palabras que se te habían ocurrido. Habías metido una mano en tu bolsillo y como quien exhibe un puñado de botones tú me mostraste las posibilidades que había en ti. No se trataba de exactitud, tú decías no importa qué. Hubieras podido decir igualmente: Panfibras y Haleliva, y en el aire hubieran batido inmisericordes las alas de los papagayos, y el cielo, tal una inmensa rosa azul de cien pétalos abiertos por tu soplo, hubiera hecho aparecer su fondo luminoso, tu ojo ocelado y penetrante, y el núcleo cegador de tu sabiduría hubiera resplandecido allí, impregnado de subidos colores, floreciente de embriagadores aromas. Tú has querido deslumbrarme, oh Dios mío, vanagloriarte, seducirme, pues tú también tienes tus momentos de vanidad en los que te admiras a ti mismo. ¡Oh, cómo amo esos momentos!

¡Tú estabas confundido, Francisco José I, tú y tu evangelio de prosa! Mis ojos te buscaban en vano. Finalmente, te encontré. Estabas bien ahí, entre esa muchedumbre, pero qué pequeño, desorientado y gris. Caminabas entre el polvo del camino, detrás de América del Sur y delante de Australia y cantabas con los otros: ¡Hosanna!

VIII

Me hice adepto del nuevo evangelio. Trabé amistad con Rudolf. Lo admiraba a la vez que presentía confusamente que él sólo era un instrumento, que el libro estaba destinado a algún otro. En efecto, Rudolf hacía más bien de garante. Él clasificaba, pegaba, despegaba, lo encerraba con llave en un armario. En el fondo, él estaba triste, como si supiera que iba a decrecer mientras que yo crecería. Era parecido a aquel que había venido a enderezar los caminos del Señor [11]...

IX

Yo tenía numerosas razones para considerar que ese libro me estaba destinado. Muchos signos indicaban que se dirigía a mí, que me confiaba una misión especial, un mandato, una carga personal. Lo comprendí al ver que nadie se consideraba como su propietario. Ni siquiera Rudolf, que lo servía. Él le era esencialmente extraño. Parecía un doméstico perezoso y reticente sometido a la faena del deber. A veces los celos inundaban su corazón de amargura. Se rebelaba interiormente contra su papel de guardián de un tesoro que no le pertenecía. Miraba con un ojo envidioso el reflejo de los mundos lejanos, la gama silenciosa de colores que atravesaba mi rostro. Solamente cuando la veía reflejada en mi cara le llegaba la luz de esas páginas, a las que su alma no tenía acceso.

X

Una vez, vi a un prestidigitador. Se mantenía de pie en el escenario, delgado, visible desde todos los lados, y, exhibiendo un sombrero de copa, mostraba a todo el mundo su fondo blanco y vacío. Habiendo así prevenido su arte insospechable contra el reproche de manipulaciones deshonestas, trazó en el aire con su varilla un signo mágico, complicado, después, con precisión y ostentación, se puso a sacar del sombrero, con ayuda de su bastoncillo, cintas de papel, palmos y varas y finalmente kilómetros de lazos de color. La sala se llenó de una masa crujiente de colores, de un crepé ligero, espumoso, multiplicado hasta el infinito, de un amontonamiento luminoso, y él no dejaba de devanar su trama a pesar de las voces asustadas, las protestas admirativas, los gritos de éxtasis y los lloros convulsivos; finalmente se hizo claro como el día que aquello no le costaba nada, que no sacaba esa abundancia de sus propios recursos: simplemente, reservas de otros confines se habían abierto, que no tenían nada en común con las medidas y los cálculos humanos.

Alguien que estaba predestinado para comprender el sentido profundo de esa demostración volvió a su casa pensativo y deslumbrado, penetrado hasta el fondo del alma por la verdad que le había alcanzado: Dios es infinito...

XI

Éste es el momento para desarrollar aquí un breve paralelismo entre Alejandro el Grande y mi persona. Alejandro el Grande era sensible a los aromas de los países. Su olfato presentía posibilidades inauditas. Era de esos a los que la mano de Dios roza el rostro durante su sueño, que tienen el conocimiento de lo que no saben y a través de sus párpados cerrados discernen los reflejos de mundos lejanos. Pero él tomó

demasiado al pie de la letra las alusiones divinas. Siendo un hombre de acción, es decir de poco espíritu, interpretó su misión como una misión de conquistador del mundo. Su corazón conocía la misma insaciabilidad de la que sufría el mío, los mismos suspiros agitaban su pecho ante cada horizonte, ante cada paisaje. No hubo nadie que corrigiera su error. Ni el mismo Aristóteles[12] le comprendía. Y así murió, desencantado, después de haber conquistado el mundo entero, dudando de Dios que se le escapaba siempre, y de sus milagros. Su retrato ornaba las monedas y los sellos de todos los países. Para su castigo, se convirtió en el Francisco José I de su tiempo.

XII

Me gustaría darle al lector una idea, al menos aproximada, de lo que era entonces ese volumen en el que se ordenaban por adelantado los asuntos finales de esa primavera. Un viento inquietante pasaba por la fila de sellos, calle brillante decorada con blasones y banderas, desplegando emblemas resplandecientes que flotaban en un silencio inspirado, bajo la sombra amenazadora de las nubes surgidas en el horizonte. Después, en la calle vacía aparecieron repentinamente los primeros heraldos, en traje de gala, con brazaletes rojos, relucientes de sudor, turbados, convencidos de su misión, afanados. Solemnes, profundamente emocionados, daban señales silenciosas, y ya la calle se ensombrecía; de todas las calles transversales afluían comitivas taciturnas de manifestantes con un ruido crujiente de pasos. Era una enorme manifestación de todos los países, un Primero de Mayo universal, un desfile monstruo. Con miles de manos alzadas para el juramento, de banderas, de estandartes; por miles de bocas el mundo gritaba que no estaba destinado a Francisco José I sino a alguien mucho, mucho más grande. Por encima de la muchedumbre flotaba un color rojo claro, casi rosa, indescriptible, el color libertador del entusiasmo. De Santo Domingo, de San Salvador, de Florida, afluían delegaciones sofocadas y enardecidas, en trajes frambuesa, saludaban con sombreros de copa color cereza de los que salían volando —ora dos, ora tres— excitados pinzones. Los soplos felices de un viento brillante aguzaban los reflejos de las trompetas, rozaban suavemente las aristas de los instrumentos erizados de silenciosos destellos. A pesar de la gran afluencia, el desfile se desarrollaba en orden, la inmensa revista transcurría en calma y sin ruido. En ciertos momentos las banderas violentamente, enardecidamente retorcidas con movimientos amaranto, con golpes febriles, con vanas sacudidas de entusiasmo, se levantan y quedan inmóviles como presentando armas, y toda la calle se inmoviliza, roja, cegadora, en un alerta silencioso, mientras que se cuentan atentamente las salvas amortiguadas de la cañonería: cuarenta y nueve

detonaciones a lo lejos.

Después el horizonte ensombreció súbitamente como antes de una tormenta de primavera, sólo los instrumentos de las fanfarrias despiden reflejos, y se oye el retumbar del cielo oscurecido, el ruido de los espacios lejanos, y de los jardines próximos el perfume del cerezo llega en cargas compactas que explotan suavemente, saciando el aire con sus fragancias indecibles.

XIII

A finales de abril hubo una mañana gris y tibia, las gentes caminaban mirando al suelo, siempre el mismo metro cuadrado de suelo húmedo delante de sus pies, sin apreciar que a su izquierda y su derecha rebasaban los árboles del parque en cuyas ramas negras se abrían heridas supurantes y dulces.

Apresado entre la densa red de árboles, el cielo gris, sofocante, pesaba sobre la nuca de la gente, apelmazado y sin formas como un inmenso edredón. Como escarabajos olfateando con sus sensibles antenas la dulce arcilla, la gente, apresada en aquella tibia humedad, buscaba torpemente una salida. El mundo se estiraba, se desarrollaba y crecía en alguna parte allá arriba, en alguna parte atrás y al fondo, se dejaba arrastrar, beatíficamente debilitado. Por momentos se volvía estático, recordaba vagamente alguna cosa, se hacía ramas de árboles desplegados, red luminosa y apretada de canto de pájaros arrojada sobre ese día gris, y descendía bajo la tierra, hasta las raíces ofidianas, hasta el latido de versos ciegos, hasta el salvajismo primitivo del humus negro y de la greda.

Bajo esa inmensidad sin forma, la gente se acucillaba entorpecida, con la cabeza entre sus manos, encorvada, colgaba de los bancos en los parques manteniendo sobre las rodillas un pétalo de periódico cuyo texto se había fundido en la gran inercia incolora del día; torpemente desplomados, babeaban sin darse cuenta.

Quizá el gorjeo de los pájaros les aturdía, esos sonajeros repetidos, cápsulas de adormidera derramando grises perdigones que perfumaban el aire. Caminaban de aquí para allá, somnolientos bajo esa granizada de perdigones, se hablaban por señas bajo aquel aguacero intenso, o bien se callaban, resignados.

Mas, cuando hacia las once horas de la mañana, el brote pálido del sol traspasó el gran cuerpo hinchado de las nubes, súbitamente en las cestas de las ramas las yemas brillaron todas a la vez, y el velo gris del gorjeo comenzó a virar a un oro pálido al separarse lentamente del rostro del día que abrió los ojos. Era la primavera.

Repentinamente, la alameda vacía del parque apareció llena de gente que marchaba en todos los sentidos, como si fuera el punto convergente de todas las calles de la ciudad: allí florecen vestidos, mujeres raudas y ligeras corren a su trabajo,

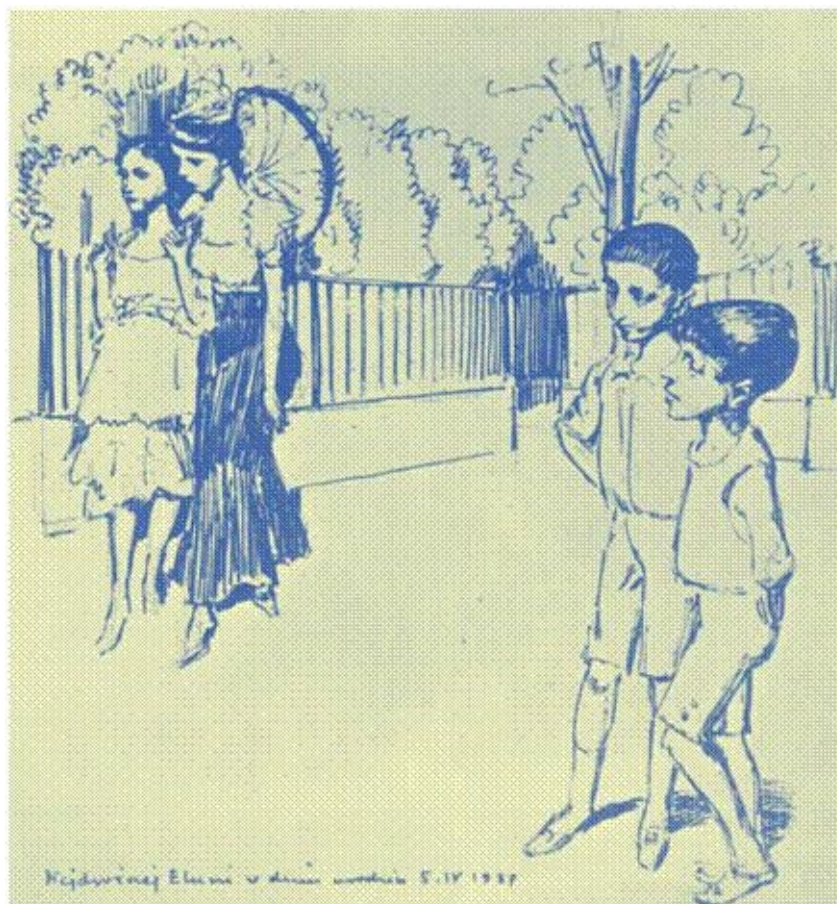
a las oficinas, a las tiendas, y otras a sus citas, pero durante los pocos instantes en que atraviesan el cesto calado de la avenida sintiendo la humedad de invernadero y moteada de gorjeos de pájaro, pertenecen a esa avenida, a aquella hora, sin saberlo, son figurantes en el teatro de la primavera como si hubieran nacido aquí al mismo tiempo que las sombras delicadas de las ramas y las hojas que brotan a simple vista sobre el fondo de oro sombrío de la grava húmeda, corren, el tiempo de unos latidos cálidos y preciosos de sus venas, después palidecen repentinamente, imbuidas de sombra, la arena las aspira, filigranas transparentes, cuando el sol entra en la ensoñación de las nubes.

Pero durante un instante ellas han poblado el camino con su prisa fresca, y el perfume anónimo de la alameda parece llegar de su ropa blanca. Ah, esas blusas ligeras, frescamente almidonadas, llevadas de paseo por la sombra calada de la calle primaveral, blusas con manchas húmedas bajo las axilas, que secan con los efluvios de violeta llegados de lejos. Ah, esas piernas rítmicas, jóvenes, cálidas a consecuencia del movimiento, enfundadas en medias de seda nuevas, bajo las que se ocultan manchas rojas y granos, sanas erupciones de una sangre caliente. Todo el parque está descaradamente cubierto de granos, y todos los árboles se cubren de granos que estallan en un piar.

Después, la alameda se vacía de nuevo y a lo largo de la acera pasa con un amortiguado balanceo metálico un coche de bebé, de resortes esbeltos. Bajo la capota barnizada, hundido en un parterre de almidonadas sederías, duerme como dentro de un buqué de flores algo más delicado que ellas mismas. La joven que lleva el coche se inclina a veces, se apoya en la barra haciendo chirriar los ejes y, con un soplo acariciador, aparta ese buqué de tules hasta el núcleo dormido cuyos sueños atraviesan nubes y luces, según que el coche pase por zonas de sombra o de claridad.

Más tarde, a mediodía, luz y sombra continúan trenzando el jardín brotado y a través de las mallas finas de esa red cae sin fin el canto de los pájaros, de una rama a la otra, cae en lluvia de perlas a través de la jaula del día, pero las mujeres que siguen el sendero están ya fatigadas, la migraña ha deshecho sus cabellos, la primavera atormentó sus rostros: más tarde todavía la alameda queda desierta, sólo allí se arrastra el olor del restaurante del parque.





XIV

Todos los días a la misma hora, Bianka pasa por allí acompañada de su institutriz. ¿Qué decir de Bianka, cómo describirla? Sólo sé una cosa, y es que ella está maravillosamente de acuerdo consigo misma, que cumple con su programa hasta el final. Con una profunda emoción, la veo todavía como la primera vez entrar paso a paso en su ser, bailarina ligera que con cada gesto llega a lo esencial.

Su manera de andar no es ni demasiado graciosa ni rebuscada, y esa simplicidad va derecha al corazón, y el corazón se oprime de felicidad ante la idea de que se pueda ser Bianka tan simplemente, sin artificio y sin la menor tensión.

Una vez alzó lentamente sus ojos hacia mí y la sabiduría de su mirada me traspasó de parte a parte. En ese momento supe que nada se le ocultaba, que desde el principio ella conocía todos mis pensamientos. Desde entonces, me puse a su disposición, exclusivamente y sin reservas. Lo acogió con un movimiento de sus párpados apenas perceptible. Todo ocurrió sin una palabra, sin un momento de interrupción, con una sola mirada.

Cuando intento imaginármela, sólo puedo evocar un detalle, insignificante: la piel de sus rodillas, agrietada como la de un muchacho. Ese detalle es profundamente emotivo, lleva la imaginación a contradicciones torturadas, a antinomias encantadoras. Todo lo demás, todo lo que hay arriba y abajo, es trascendente e inimaginable.

XV

Hoy me sumí de nuevo en el álbum de sellos de Rudolf. ¡Qué estudio maravilloso! Ese texto está lleno de notas, de alusiones, de sobreentendidos, de un ambiguo destello. Pero todas sus líneas convergen en Bianka. ¡Cuántas felices suposiciones! De un vínculo a otro, mi sospecha corre como a lo largo de una mecha, encendida por la esperanza deslumbradora. Ah, tengo el corazón triste, oprimido por los misterios vislumbrados.

XVI

En el parque municipal hay ahora música todas las tardes, el paseo de primavera discurre por los senderos. Por ahí deambulan y regresan, se cruzan y se encuentran, siguiendo arabescos simétricos, a cada instante reanudados. Los jóvenes llevan sombreros nuevos y agarran indolentemente sus guantes con una mano. Entre los

troncos de los árboles, a través de los setos, los vestidos de las muchachas brillan en los senderos vecinos. Las muchachas van de dos en dos, moviendo las caderas, erizadas de faralaes y volantes vaporosos, cisnes vestidos de plumas blancas y rosas, campanas rellenas de muselina con flores, y a veces se sientan en un banco, como fatigadas del vacío de esa etiqueta, posan esa gran rosa de gasa y batista, que estalla entonces con todos sus pétalos desbordados. En ese momento las piernas cruzadas se descubren, enlazadas, formas blancas, irresistibles, y los jóvenes, al pasar ante ellas, palidecen y se callan, fulminados por la fuerza del argumento, convencidos y vencidos.

Justamente antes del crepúsculo hay un momento en que los colores del mundo embellecen. Adornados, cálidos y tristes, adquieren contornos. El parque se cubre de un barniz rosa, de una laca brillante que vuelve las cosas súbitamente muy luminosas. Pero en esos mismos colores hay un tono de azul demasiado profundo, una belleza demasiado evidente y ya sospechosa. Un instante más, y el jardín, apenas salpicado de fresco verdor, aún desnudo y todo en ramas, deja transparentar la hora rosa del crepúsculo, tibia y fragante, impregnada de la tristeza indecible de las cosas para siempre y mortalmente bellas.

Súbitamente todo el parque se transforma en una orquesta enorme y muda, solemne y recogida, aguardando bajo la batuta alzada del director a que la música madure en él, después sobre esa ardiente sinfonía silenciosa cae el crepúsculo breve y teatral, como bajo el empuje de una subida violenta de tonos en todos los instrumentos a la vez —allá arriba, el canto de una oropéndola oculta entre las ramas traspasa el joven verdor— y todo se hace grave, desierto y tardío, como en el bosque al anochecer. Un soplo apenas perceptible pasa sobre las cimas de los árboles que dejan caer una lluvia amarga y seca de flores de cerezo. El aroma acre flota bajo el cielo ensombrecido y desciende con un suspiro de muerte, las primeras estrellas dejan escapar sus lágrimas, pequeñas flores de lilas cogidas en la noche pálida y malva. (Ah, sí, lo sé, su padre es médico en un barco, su madre era criolla. Es a ella a quien espera todas las noches en el atracadero el barco de vapor con ruedas en sus flancos, con todas las luces apagadas.)

En ese momento, una fuerza extraña se apodera de las parejas deambulantes, los jóvenes y las muchachas que se encuentran a intervalos regulares. Cada joven se convierte en un Don Juan bello e irresistible, se supera a sí mismo, orgulloso y triunfante, y su mirada adquiere esa fuerza mortal bajo la que desfallecen los corazones de las muchachas. Y los ojos de éstas se hacen profundos, jardines con mil senderos se abren allí, parques-laberintos sombríos y susurrantes. Un brillo de fiesta dilata sus pupilas que se abren, se abandonan y dejan entrar a los vencedores en los senderos de sus jardines tenebrosos cuyos caminos simétricos, estrofas de una *canzona* [13], se alejan en todos los sentidos, confluyen, se encuentran en una triste

rima, en plazas rosas, en torno a parterres circulares, o cerca de fuentes en las que los últimos rayos de sol poniente incendian el agua, para separarse de nuevo, dispersarse entre las masas negras de los bosques, espesuras del anochecer, cada vez más densas y susurrantes, donde ellos se separan, se pierden como en corredores complicados, entre colgaduras de terciopelo, en tranquilas alcobas. Atravesando el frescor de esos jardines oscuros entran insensiblemente en lugares solitarios, extraños, olvidados, en un susurro nuevo de los árboles, más sombrío, crespón de luto flotando, donde la oscuridad fermenta y el silencio se deteriora, se desintegra como en un viejo tonel de vino olvidado.

Errando así a ciegas en medio del terciopelo oscuro de esos parques, se encuentran finalmente en un claro apartado, bajo un último rayo púrpura, al borde de un estanque que un fango negro invade desde hace siglos, y al pie de la balaustrada mellada, en los confines del origen, se encuentran de nuevo en una vida hace mucho tiempo terminada, en una preexistencia lejana, incluidos en un tiempo desconocido, vestidos con trajes de épocas pasadas sollozan sin fin sobre la muselina de una elegía, se elevan hasta inaccesibles promesas, y subiendo los peldaños del éxtasis llegan a las cumbres, los límites más allá de los cuales sólo existe la muerte y el entorpecimiento del placer que no dice su nombre.

XVII

¿Qué es el crepúsculo de primavera?

¿Acaso hemos alcanzado el corazón de las cosas, acaso el camino se detiene aquí? Nos encontramos al final de nuestras palabras que, desde ahora, se hacen oníricas, disparatadas y locas. Sin embargo, es únicamente más allá de las palabras cuando comienza eso que, en esta primavera, es lo más grande y lo más indecible. ¡El misterio del crepúsculo! Es únicamente fuera de las palabras, allí donde nuestra magia ya no actúa, donde se despliega ese elemento inmenso y sombrío. La palabra entonces se descompone, se disuelve, regresa a su etimología, a su oscura raíz. He aquí que oscurece, las palabras se pierden en medio de vagas asociaciones: Aqueronte, Orco, Averno [14] ¿Sentís el soplo de las profundidades, de los sótanos, de la tumba? ¿Qué es el crepúsculo de primavera? Una vez más nos hacemos esa pregunta, leitmotiv de nuestras indagaciones, no encontrando respuesta.

Cuando las raíces de los árboles quieren hablar y bajo la corteza terrestre se ha acumulado mucho pasado, muchas historias y leyendas antiquísimas, cuando en el origen se han concentrado demasiados susurros apagados, un magma inarticulado y esa cosa oscura que precede a la palabra, entonces la corteza de los árboles se ennegrece y se desgaja en escamas ásperas y espesas, de surcos profundos, y allí se

abren orificios, oscuros como la piel del oso, y si se hunde el rostro en esa piel suave del crepúsculo, todo se hace repentinamente oscuro y silencioso. Hay que aplicar los ojos, pues, contra la oscuridad más negra, forzarlos un poco, obligarlos a penetrar lo impenetrable, el suelo inerte, y súbitamente nos encontramos del otro lado de las cosas, en el fondo, en el Averno. Y vemos...

La oscuridad no es total, contrariamente a lo que se podría imaginar. No, pulsaciones luminosas hacen vibrar el espacio. Es evidente que la luz interior de las raíces, los fuegos fatuos, finas venas de resplandor recorren la oscuridad, el sueño inmóvil de la materia. Aquí, cortados del mundo, perdidos en ese regreso al arcano, vemos a través de nuestros párpados cerrados, porque los pensamientos se encienden entonces en nosotros, pequeñas llamas, antorchas interiores. Es una regresión total, un viaje hasta el fondo, un retorno a las raíces, la anamnesia[15] se ramifica, y soñamos sacudidos por estremecimientos subterráneos. Es únicamente allá arriba, en la luz del día —hay que decirlo de una vez— cuando somos ese haz melodioso, articulado, tembloroso, alondra y cima incandescente; aquí, en el fondo, nos diseminamos hechos añicos, en sintagmas negros, en infinitas historias inacabadas.

Ahora sabemos al fin sobre qué ha brotado esta primavera y por qué es tan triste, tan plena de sabiduría. ¡Ah, no lo creeríamos de no haberlo visto con nuestros propios ojos! He aquí los laberintos, los depósitos interiores, los silos de materia; he aquí las turbas aún calientes, cenizas y polvo. Historias seculares. Siete capas, como en Troya[16], pasillos, cámaras, tesoros. Cuántas máscaras de oro alineadas, de aplastadas sonrisas, cuántos rostros carcomidos, momias, crisálidas vacías. Es aquí donde se encuentran esos columbarios[17], esos funerarios cajones donde yacen los muertos endurecidos, negros como raíces, esperando su hora; aquí las grandes vitrinas donde están expuestos en urnas, en tarros, en los que permanecen durante años sin que nadie los compre. Quizá se agiten ya en sus nidos, ya completamente curados, puros como el incienso, drogas olorosas, gorjeantes, despiertos e impacientes, pomadas y bálsamos matinales probando con la punta de la lengua su propio sabor. Esos palomares amurallados están repletos de picos saliendo del huevo y del primer balbuceo, a tientas y luminoso. ¡Nace súbitamente una atmósfera matinal, una atmósfera de antes del tiempo, en esos largos pasillos vacíos donde los muertos que allí reposan se despiertan uno tras otro a un alba completamente nueva!

* * *

Aunque eso no es todo, descendamos más abajo. No tengáis miedo, dadme la mano, un paso más, y ya nos encontramos en las raíces y enseguida nos vemos rodeados de ramajes oscuros, como en el fondo de un bosque. Allí huele a hierba y a madera carcomida, las raíces se hunden en lo negro, se enredan, suben, savias

inspiradas ascienden por ellas. Hemos pasado al otro lado, al revés de las cosas, a la oscuridad picada por enmarañadas fosforescencias. Revoloteo, agitación, multitud. Magma bullicioso de pueblos y generaciones, multiplicación infinita de Biblias y de Ilíadas. Migración tumultuosa, maraña y ruido de la historia. El camino se acaba aquí. Estamos en lo más hondo, hemos llegado a los fundamentos oscuros, estamos en las Madres[18]. Aquí están los infernos[19] interminables, las desoladas extensiones osiánicas[20], los nibelungos[21] de la desesperanza. Aquí, los grandes viveros de la historia, las fábricas[22] de fábulas, de cuentos, de leyendas. Ahora finalmente comprendemos el gran y triste mecanismo de la primavera. ¡Ah, la primavera estimula las historias. Cuántos acontecimientos, cuántas vidas, cuántos destinos! Todo lo que alguna vez hemos leído, todas las historias escuchadas y todas aquellas con las que soñamos confusamente desde nuestra infancia, sin haberlas oído nunca, tienen aquí su casa y su patria. ¿De dónde sacarían los escritores sus ideas, dónde encontrarían el ánimo para inventar si no sintieran detrás de ellos esas reservas que hacen vibrar el Averno? Murmullo de la tierra. Contra tu oído golpea regularmente un discurso inagotable. Avanzas, con los ojos semicerrados, entre la tibieza de esos murmullos, sonrisas, sugerencias, hostigado, quemándote en miles de preguntas. Quisieran que aceptes algo de ellas, no importa qué, aunque sólo fuese una pizca de esas historias que nunca han adquirido forma, piden que tú las integres en tu joven vida, en tu sangre, que tú las salves y continúes viviendo con ellas. ¿Qué es la primavera sino una resurrección de historias? En medio de ese elemento inmaterial, sola, la primavera vive, es real, fresca e ignorante de todo. Su joven sangre verde, su ingenuidad vegetal atraen los espectros, fantasmas, larvas y *farfarele*[23]. Y ella, desamparada e ingenua, los deja entrar en su sueño, duerme con ellos, y, después, se despierta al amanecer sin recordar nada. He aquí por qué es tan plena, tan grávida con toda esa suma de cosas olvidadas, y tan triste, porque debe completamente sola realizar su vida por tantas vidas no realizadas, ser bella por tantas vidas rechazadas y abandonadas. Y para hacerlo, sólo tiene el perfume del cerezo que fluye por un solo cauce eterno e insondable donde todo está comprendido. ¿Qué quiere decir, olvidar? Sobre las viejas historias un verdor nuevo ha surgido en una noche, un delicado depósito verde, y han aparecido, también, claros y densos brotes. El olvido reverdece en la primavera, viejos árboles recubren su dulce e ingenua ignorancia, se despiertan dotados de ramajes ligeros y sin memoria, mientras que sus raíces se hunden en historias antiguas. La primavera leerá esas historias como si fueran nuevas, las silabeará desde el principio, las reunirá, y comenzarán una vez más como si nunca hubiesen ocurrido.

Hay muchas historias que no han nacido nunca. Entre las raíces, ¡cuántos coros quejumbrosos, cuentos contados interminablemente, monólogos inagotables, improvisaciones insospechadas! ¿Tendremos la paciencia de escucharlos? Antes que

la más antigua de las historias contadas, hubo otras que no habéis escuchado, hubo predecesores anónimos, novelas sin títulos, epopeyas enormes, pálidas y monótonas, *byliny* [24] sin formas, troncos informes, gigantes sin rostro que oscurecían el horizonte, palabras oscuras, dramas vesperales de las nubes, y todavía más lejos, libros-leyendas, nunca escritos, libros-aspirando-a-la-eternidad, libros fuegos fatuos, perdidos *in partibus infidelium* [25]...

Entre todas las innumerables historias que se cruzan en los vasos comunicantes de las raíces, hay una que —desde hace mucho tiempo— ya es propiedad de la noche, establecida para siempre al final del firmamento, compañía eterna y telón de fondo de las extensiones celestes. A través de cada noche de primavera, cualesquiera que sean los acontecimientos que se desarrollen, transcurre sobrevolando el concierto de las ranas y el ruido infatigable de los molinos. El hombre avanza bajo el polvo de las estrellas, avanza a grandes pasos a través del cielo, apretujando a la criatura entre los pliegues de su abrigo, siempre en camino, peregrino eterno por los espacios infinitos de la noche. Oh, pena inmensa de la soledad, huérfano por los espacios nocturnos, brillo de las estrellas lejanas. El tiempo ya no puede cambiar nada en esta historia, que atraviesa los horizontes estrellados, se cruza con nosotros y será siempre así, siempre de nuevo, porque una vez que ha abandonado el carril del tiempo, se ha hecho insondable y ninguna repetición podrá jamás agotarla. El hombre avanza apretujando a la criatura entre sus brazos: repetimos intencionadamente ese leitmotiv, ese exergo de la noche, con el fin de apoderarnos de la continuidad intermitente de su recorrido, unas veces velado por la red enmarañada de las estrellas, otras invisible durante largos intervalos mudos por donde pasa el soplo de la eternidad. Los mundos se aproximan demasiado, aterradores de color, envían señales violentas, informes inexpresables, y él avanza, tranquilizando a la pequeña con una voz monótona y desesperada, impotente ante el otro murmullo, a las persuasiones terriblemente dulces de la noche, a esa palabra única que formula la boca del silencio cuando nadie la escucha...

Ésta es la historia de la princesa raptada y sustituida.



XVIII

Cuando a medianoche entran silenciosamente en la umbrosísima villa que se levanta entre los jardines, en la habitación blanca de techo bajo en la que hay un piano de cola negro y reluciente con todas las cuerdas enmudecidas, cuando a través del gran ventanal la noche se introduce como si lo hiciera por los cristales de un invernadero, noche pálida en la que cae una fina lluvia de estrellas —los vasos de las ramas del cerezo expanden su perfume amargo que flota sobre la cama blanca— entonces en la gran noche despierta circulan las angustias y el corazón habla en su sueño, y vuela y tropieza y solloza en la noche salpicada de rocío, luminosa y colmada de mariposas... Ah, cómo el amargo perfume del cerezo dilata la noche, y el corazón fatigado, agotado por sus felices carreras, quisiera dormirse un instante sobre una frontera aérea, sobre una arista estrecha, mientras que la noche discurre cada vez más pálida e inmaterial, completamente rayada por líneas y zigzags luminosos, y el corazón vuelve a delirar, se deja arrastrar en los asuntos complicados de las estrellas, apresuramientos sofocados, pánicos lívidos, sueños lunáticos, estremecimientos letárgicos. ¡Ah, esos raptos y persecuciones de la noche, esas traiciones y murmullos, negros y timoneles, balaustradas de balcones y postigos nocturnos, vestidos de muselina y velos flotando en una enloquecida huida!... Finalmente, tras un breve eclipse, un momento de pausa negra y sorda, llega la hora en la que todas las marionetas están alineadas en sus cajas, todas las cortinas corridas, y las respiraciones recobran su vaivén tranquilo sobre la escena, mientras que en el profundo cielo sereno el amanecer construye silenciosamente sus villas lejanas rosas y blancas, sus pagodas y minaretes claros de cúpulas redondas.

XIX

Solamente para un lector atento del Libro la naturaleza de esta primavera se hace clara y legible. Todos esos preparativos matinales, vacilaciones, dudas y escrúpulos, desvelan su sentido al iniciado en los sellos de correos. Éstos le introducen en el juego complicado de la diplomacia matinal, en largas negociaciones, en las tergiversaciones atmosféricas que preceden al día. El México abigarrado y tórrido quisiera verse en nieblas rojas de la novena hora —es claramente visible—, con su serpiente retorciéndose en el pico de un cóndor[26], pero en el alto verdor de los árboles un papagayo repite obstinadamente a intervalos regulares, siempre con la misma entonación, «Guatemala», palabra turquesa, y la atmósfera se impregna de un perfume de cereza, de frescor, de hojas. Así, poco a poco, superando dificultades y conflictos, tiene lugar la declaración, se decide el orden del ceremonial, la lista del

desfile, el protocolo diplomático del día.

En el mes de mayo, los días eran rosas como Egipto. La plaza desbordaba con un fulgor ondulante. En el cielo, las nubes se acumulaban bajo las grietas luminosas, volcánicas, de contornos cegadores, y —Barbados, Labrador, Trinidad— todo viraba al rojo, como si se mirara el mundo a través de gafas de rubíes. Al ritmo de los eclipses púrpuras de la sangre subida a la cabeza, la gran corbeta de la Guyana[27] atravesaba el cielo, con las velas desplegadas. Avanzaba, pesadamente, con sus telas golpeadas por el viento, con sus cordajes extendidos, entre los gritos de los sirgadores, a través de la agitación de las gaviotas y la luz cobriza del mar. Entonces surgía, cubriendo todo el cielo, desplegándose, el enorme aparejo de cordajes enredados, de vergas y jarcias, y el espectáculo aéreo de palos de mesana, de baupreses y focos se desarrollaba, y a intervalos aparecían negros ágiles que se dispersaban en el laberinto de la tela, se perdían en medio de las señales y las figuras fantásticas del cielo de los trópicos.

Más tarde, el decorado cambia, en el cielo tres sombras rosas se despliegan a la vez, la lava brillante humea, dibujando con un trazo luminoso los contornos amenazadores de los macizos de las nubes, y —Cuba, Haití, Jamaica— el nudo del mundo discurría al fondo, llegaba a lo esencial, bruscamente la quintaesencia de esos días se derramaba: océanos de los trópicos, azules de los archipiélagos, atolones y torbellinos felices, monzones salados de Ecuador.

Con el álbum de sellos entre las manos, leía esa primavera. ¿Acaso no era el gran comentario de sus tiempos, la gramática de sus días y noches? Esa primavera que se conjugaba con todas las Colombia, Costa Rica, Venezuela. Pues México, en el fondo, ¿qué era, o Ecuador o Sierra Leona, sino una codiciada especia que realzaba el sabor del mundo, posibilidad última, punto muerto del aroma al que había llegado el mundo en sus búsquedas después de pulsar todas las teclas del teclado?

Lo importante es no olvidar —como Alejandro el Grande— que ningún México es el último, que sólo es un punto de paso, que el mundo continúa más allá, y que tras cada México se abre otro México, todavía más deslumbrante.

XX

Bianka es toda gris. Su tez curtida encubre como un toque diluido de cenizas apagadas. Creo que el contacto de su mano debe sobrepasar todo lo imaginable.

La disciplina de su sangre es resultado de generaciones amaestradas. Conmover a los imperativos de la educación, y que pone de manifiesto un espíritu de contradicción superado, de rebeldías dominadas, de apagados sollozos nocturnos, de violaciones cometidas contra su orgullo. Llena de buena voluntad y de una gracia

triste, se inserta, con cada uno de sus gestos, en las formas prescritas. No hace nada más allá de lo necesario, sus movimientos están medidos con parsimonia, llenan apenas la forma, sin entusiasmo, como dictados por el sentido del deber. Ese dominio de sí le da a Bianka su precoz experiencia, su conocimiento de las cosas. Ella lo sabe todo. Y su propia sabiduría, impregnada de una cierta tristeza, no la deja sonreír, su boca se cierra en una línea de belleza consumada, las cejas tienen un dibujo nítido y severo. No, ella no saca de su sabiduría ninguna inclinación a la indulgencia, a la relajación. Al contrario, a esa verdad a la que están atados sus ojos tristes, no le es posible —diremos— hacerle frente si no es con ayuda de una vigilancia tensa, observando estrictamente la forma. Hay en su tacto infalible, en su lealtad hacia la forma un mar de tristeza y de sufrimiento penosamente superados.

Sin embargo, rota por la forma, se ha liberado de ella, victoriosa. ¡Pero al precio de qué sacrificio!

Cuando camina —esbelta y derecha— ¿de dónde le viene ese orgullo que lleva con simplicidad al ritmo de sus pasos? ¿Es su propio orgullo, vencido, o el triunfo de los principios a los que se ha sometido?

En cambio, cuando alza los ojos y nos mira con una mirada clara y triste, súbitamente lo sabe todo. Su juventud no le ha impedido adivinar las cosas más secretas, su dulce serenidad es apaciguamiento después de largos días de lágrimas y sollozos. Es por lo que sus ojos están circundados de ojeras, hay en ellos un calor húmedo, y su mirada, ignorando la dispersión, va derecha al objetivo.

XXI

Bianka, la maravillosa Bianka es un enigma para mí. La estudio con obstinación, con encarnizamiento —y con desesperación— en el álbum de sellos postales. ¡Cómo! ¿El álbum tratará igualmente de psicología? ¡Ingenua pregunta! El álbum es un libro universal, un libro de referencia que engloba todo el saber humano. Evidentemente, lo oculta detrás de alusiones, de sobreentendidos. Hay que tener cierto olfato, cierto ánimo de corazón y de espíritu para encontrar el rastro de fuego, el relámpago que recorre sus páginas.

Lo que hay que evitar en este asunto es la mezquindad, la pedantería, la literalidad ciega. Todos los elementos están relacionados entre sí, todos los hilos se juntan en el mismo nudo. ¿Habéis observado que entre las líneas de ciertos libros las golondrinas pasan en bandadas, versículos de golondrinas puntiagudas y temblorosas? Hay que leer en el vuelo de los pájaros...

Pero vuelvo a Bianka. Qué belleza conmovedora en sus gestos. Cada uno de ellos está pensado, determinado desde hace siglos, asumido con resignación, como si ella

misma conociese por anticipado el desarrollo inevitable de su destino. Ocurre a veces que intento preguntarle con la mirada —cuando nos encontramos cara a cara en un sendero del parque—, que intento formular mi ruego. Antes de conseguirlo, ella ya ha respondido. Respondió tristemente, con una sola mirada breve y profunda.

¿Por qué mantiene la cabeza inclinada? ¿Qué miran sus ojos atentos y soñadores? ¿El fondo de su destino será de una insondable melancolía? A pesar de todo, ¿no lleva su resignación con dignidad, con orgullo, con la certeza de que no puede ser de otra manera, y como si la sabiduría, al privarla de alegría, la hubiese hecho invulnerable, la hubiese dotado de una libertad superior, descubierta en lo más profundo de la obediencia voluntaria? Eso es lo que da a su sumisión el encanto del triunfo.

Ella está sentada frente a mí, al lado de su institutriz, y las dos leen. Su vestido blanco —nunca la he visto en otro color—, se despliega sobre el banco como una flor abierta. Con una gracia indescriptible cruza sus piernas esbeltas de piel curtida. El contacto de su carne debe ser doloroso en su santidad.

Después se levantan las dos tras haber cerrado sus libros. Con una breve mirada Bianka acepta y me devuelve mi saludo, y se aleja, ligera, toda en meandros, sus piernas adaptándose melodiosamente al ritmo de los grandes pasos elásticos de la institutriz.

XXII

He registrado minuciosamente toda la propiedad. Asimismo, he recorrido en varias ocasiones ese amplísimo terreno protegido por altas vallas. Los muros blancos de la villa, sus terrazas, sus verandas se me aparecen bajo ángulos siempre nuevos. Detrás de la villa se extiende el parque que conduce a una llanura deforestada. Hay allí extrañas edificaciones, mitad fábricas, mitad granjas o establos. He podido mirar a través de la fisura de una de las vallas, y lo que he visto quizá sea una ilusión. En el aire primaveral enrarecido por el calor, creo percibir a veces cosas lejanas, espejismos reflejados en algún punto de esa atmósfera estremecida. Además, mi cabeza estalla de ideas contradictorias. Debo consultar el álbum de sellos postales.

XXIII

¿Es posible? ¿La villa de Bianka estará protegida por tratados internacionales de extraterritorialidad? ¿A qué asombrosos descubrimientos me lleva el estudio del álbum! ¿Acaso soy yo el único en conocer esa sorprendente verdad? No puedo tomar

a la ligera los presentimientos y argumentos que el álbum acumula sobre ese punto.

Hoy he examinado la villa de cerca. Desde hace semanas merodeo en torno a la imponente verja de hierro forjado, adornada con escudo de armas. Aproveché el momento en el que dos carruajes vacíos abandonaban el parque. Los dos batientes de la verja estaban abiertos de par en par. Nadie acudió a cerrarla. Entré con un paso indolente, saqué un pequeño cuaderno del bolsillo, y, apoyado contra el montante de la verja, simulaba dibujar algún detalle arquitectónico. Permanecía en el sendero de grava que el pequeño pie de Bianka había pisado tantas veces. Mi corazón dejaba de latir acongojado ante la idea de que bajo el dintel de una puerta, en el balcón, apareciera su silueta esbelta en vestido blanco. Pero unos estores verdes, bajados, cerraban todas las puertas y ventanas. Ni el más leve ruido traicionaba la vida oculta de aquella casa. El cielo comenzaba a oscurecerse en el horizonte, se oían relámpagos lejanos. Ni el menor soplo en el aire tibio. En el silencio de ese día gris, sólo los muros de la villa, de una blancura de tiza, hablaban el lenguaje de su rica arquitectura, libre y ligera, que se expresaba en pleonasmos, en miles de variantes del mismo motivo. A lo largo de un friso corrían, a izquierda y derecha, en cadencias simétricas, guirnaldas en relieve; las mismas se detenían, indecisas, en los ángulos de la casa. Desde lo alto de la terraza central descendía una escalera de mármol, patética y ceremoniosa, rodeada de balaustradas y vasos que se separaban de prisa, y llegada al suelo, parecía retroceder con una profunda reverencia, recogiendo su vestido desplegado.

Tengo un sentido del estilo particularmente agudo. Y aquel estilo me irritaba e inquietaba de una manera inexplicable. Su clasicismo ardiente, laboriosamente dominado, su elegancia aparentemente fría ocultaban estremecimientos indefinibles. Era demasiado ardiente, demasiado acerado. Una gota de un veneno desconocido lo había convertido en sombrío, explosivo y peligroso.

Desorientado, temblando de emoción, recorrí con sigilo la parte frontal de la villa, espantando a los lagartos dormidos en la escalera.

En torno a un estanque circular, sin agua, la tierra aparecía agrietada y todavía desnuda. Por aquí y por allá, un poco de verdor entusiasta, fanático, brotaba de alguna grieta. Arranqué un puñado de aquellas hierbas y lo deslicé en mi cuaderno. Temblaba, conmovido hasta el fondo del alma. Sobre el estanque el aire era gris, demasiado transparente y demasiado ondulante con el calor. El barómetro fijado a un poste no lejos de allí indicaba un descenso inquietante. En aquel contorno el silencio era absoluto. No se movía ni una brizna. Con los estores bajados, la villa parecía dormir, brillando con una blancura de tiza en una atmósfera de mortal entumecimiento. Súbitamente, como si aquel estancamiento hubiera llegado a su punto crítico, un fermento florido enturbió el aire, descomponiéndolo en pétalos abigarrados, en tornasolados aleteos.

Eran mariposas enormes y pesadas, ocupadas —en parejas— en los juegos del amor. Su agitación temblorosa, torpe, duró algunos instantes. Relámpagos de colores, se perseguían, se unían en vuelo. ¿O era sólo una fatamorgana surgida en el aire impregnado del olor a hachís? Blandí mi gorra y una mariposa aterciopelada vino a posarse en el suelo, con las alas temblorosas. La recogí. Una prueba más.

XXIV

He adivinado el secreto de ese estilo. Las líneas de esa arquitectura repetían desde hace tanto tiempo, con tanta voluptuosidad inoportuna la misma frase incomprensible que he acabado por descifrar el código, he desenmascarado la mistificación. En efecto, era una mascarada frágilmente urdida. En esas líneas rebuscadas y ágiles, de una distinción exagerada, hay un gusto demasiado picante, demasiado ardiente, un acento de frenesí, de calor o violencia —en una palabra—, algo de florido, colonial y desdeñoso. Sí, ese estilo tiene un regusto repugnante, es vicioso, alambicado, tropical y cínico en extremo.

XXV

Se comprenderá hasta qué punto me conmovió ese descubrimiento. Líneas alejadas se acercaban y se unían, convergían en aproximaciones inesperadas. Conmovido, le revelé a Rudolf mi descubrimiento. No mostró ninguna emoción. Incluso, con un movimiento de impaciente descontento, me acusó de exagerar, de fabular. Cada vez con más frecuencia me reprocha ser un mentiroso y un mistificador. Aunque aún siento alguna simpatía por él, dueño del álbum, sus estallidos de odio desbordando amargura contribuyen a alejarme. Pero no le hago ver que me hieren. Desgraciadamente dependo de él. ¿Qué haría yo sin su álbum? Él lo sabe y se aprovecha de su superioridad.

XXVI

Ocurren demasiadas cosas esta primavera. Demasiadas aspiraciones, numerosas y exorbitantes ambiciones hacen estallar sus oscuras profundidades. Su expansión no conoce límites. Dominar esa empresa inmensa, desmesuradamente crecida, sobrepasa mis fuerzas. Queriendo descargar una parte del peso sobre los hombros de Rudolf, lo he nombrado co-regente. Naturalmente, anónimo. Él, yo y su álbum de sellos,

constituimos juntos un triunvirato oficioso sobre el que pesan todas las responsabilidades de ese gigantesco e indescifrable asunto.

XXVII

No tuve la audacia de rodear la villa para saber qué hay detrás. Intuí que sería descubierto. ¿Por qué, entonces, tuve el sentimiento de haber estado allí una vez, hace mucho tiempo? ¿Acaso, en el fondo, no conocemos por anticipado todos los paisajes que encontramos en el transcurso de nuestra vida? ¿Es posible que ocurra algo enteramente nuevo, algo que no hayamos sentido en lo más profundo de nosotros mismos? Yo sé que un día, a una hora tardía, estaré allí, en el umbral de los jardines, cogido de la mano con Bianka. Entraremos en esos rincones olvidados, entre viejos muros que encierran parques envenenados, en esos paraísos artificiales de Poe saturados de cicuta, adormideras y plantas trepadoras de jugos opiáceos, febriles bajo un cielo cobaltado como el de muy antiquísimos frescos. Despertaremos el mármol blanco de una estatua que dormita, con los ojos vacíos, en ese mundo más allá de los márgenes, más allá de los confines de un atardecer marchito. Asustaremos a su único amante, un vampiro rojo dormido en su seno, con las alas plegadas. Volará sin ruido, flexible, blando, ondulante, despojo seco, rojo carmíneo, sin esqueleto ni sustancia, revoloteará batiendo las alas, se esfumará sin dejar huella en el aire coagulado. Franquearemos una pequeña verja, entraremos en un claro vacío. La vegetación estará allí quemada como el tabaco, como una pradera al final del verano indio. Ocurrirá tal vez en el estado de New Orleans o Louisiana: los países son sólo un pretexto. Nos sentaremos en el borde de piedra de un estanque cuadrado. Bianka meterá sus dedos pálidos en el agua tibia en la que flotarán hojas amarillecidas, no levantará los ojos. Del otro lado del estanque permanecerá sentada una figura negra, delgada y oculta tras un velo. «¿Quién es?» preguntaré con un murmullo. Bianka moverá la cabeza y responderá en voz baja: «No tengas miedo, no escucha, es mi madre, está muerta. Ella mora aquí.» Después me dirá las cosas más dulces y más tristes. Y ya no habrá consuelo. Caerá el crepúsculo...



XXVIII

Los acontecimientos se suceden con una rapidez vertiginosa. El padre de Bianka ha llegado. Me encontraba parado en la esquina que hace la calle de las Fuentes con la del Escarabajo, cuando vi pasar una limusina brillante, abierta, de carcasa ancha y plana como una concha. Dentro de la gran concha de seda vi a Bianka, recostada, en vestido de tul. El borde vuelto de su sombrero sujeto por una cinta anudada bajo el mentón arrojaba una sombra sobre su perfil delicado. Casi desaparecía entre la espuma blanca de su vestido. A su lado estaba sentado un personaje que vestía una levita negra y un chaleco de piqué blanco en el que brillaba una pesada cadena dorada, adornada con multitud de colgantes. Bajo el sombrero hongo —negro, ajustado hasta las orejas—, una cara gris, hermética y sombría, rodeada por gruesas patillas. Me estremecí al verlo. Ninguna duda era posible. Aquel hombre era el señor de V...

Cuando el elegante carruaje pasó cerca de mí con un ruido amortiguado, Bianka le dijo algo a su padre que se volvió, dirigiendo hacia mí la mirada de sus grandes gafas negras. Tenía el semblante de un león gris sin crines.

Bajo una intensa agitación emocional, perdiendo casi la razón, excitado por los sentimientos más contradictorios, exclamé: «¡Cuenta conmigo!...» y: «¡...hasta la última gota de sangre!...» y disparé al aire con la pistola que había sacado de un bolsillo interior.

XXIX

Muchos son los indicios que permiten creer que Francisco José I fue en el fondo un poderoso y triste demiurgo. Sus ojos estrechos, pequeños botones inexpresivos incrustados en los deltas triangulares de las arrugas, no eran los de un hombre. La forma de su rostro, encajado entre las patillas blancas peinadas hacia atrás como las de los dragones japoneses, le daba un parecido de viejo zorro taciturno. Visto de lejos, apareciendo en las alturas de las terrazas de Schönbrunn[28] y gracias a una disposición particular de las arrugas, esa cara parecía sonreír. Visto de cerca, la sonrisa no era más que un rictus de amargura de un banal realismo que no reflejaba ni la menor chispa de un ideal. En el momento en que apareció sobre el escenario del mundo, adornado con el penacho verde de general, vestido con un abrigo turquesa que llegaba al suelo, ligeramente encorvado y la mano levantada en un saludo militar, el mundo venía de alcanzar en su evolución un feliz límite. Habiendo agotado su contenido en metamorfosis infinitas, las formas colgaban de las cosas sin adherirse a ellas, a punto de escamarse, maduras por el abandono. El mundo atravesaba una

muda violenta, salía del huevo cubierto de colores jóvenes, chispeantes, inauditos, deshacía con placer todos los nudos y todos los obstáculos. Había faltado poco para que el mapa del mundo, esa tela cubierta de manchas de color, saliese volando por los aires, inspirado y ondulante. Francisco José I lo había sentido como una amenaza personal. Su elemento era un mundo encauzado por los reglamentos, la prosa, el pragmatismo del aburrimiento. Su alma era la de las cancillerías y los distritos. Y, cosa curiosa, ese anciano seco, de sensibilidad apagada, de ningún modo atractivo, había conseguido poner de su lado a una buena parte de la creación. Con él, todos los buenos padres de familia leales y previsores se sintieron amenazados y respiraron con alivio cuando ese poderoso demonio se tendió con todo su peso sobre las cosas y frenó el vuelo del mundo. Francisco José I cuadriculó el mundo imponiéndole rúbricas, reguló su curso con ayuda de certificados, lo enmarcó con actas procesales y lo previno contra un descarrilamiento hacia lo desconocido, hacia lo azaroso —en una palabra—, hacia lo incalculable.

Francisco José I no fue enemigo de una alegría justa y piadosa. Fue él quien, movido por una especie de bondad previsora, imaginó para el pueblo la lotería real-imperial, los libros de la clave egipcia de los sueños, los almanaques ilustrados y las tiendas de tabaco. Unificó el servicio celeste: vistiéndolo con un uniforme azul simbólico [29], soltó por el mundo, dividido en escalafones y rangos, al personal de las legiones arcangélicas disfrazados de carteros, ferroviarios y agentes del fisco. El último de esos correos celestes conserva en su cara un reflejo de la sabiduría secular prestada del Creador y una sonrisa de sencillez condescendiente enmarcada por las patillas, incluso aunque sus pies apestan a sudor como consecuencia de las agotadoras caminatas terrestres.

Mas, ¿quién ha oído hablar alguna vez de un complot desarrollado al pie del trono, de una gran revolución de palacio cortada de raíz cuando comenzaba el glorioso reinado del Todopoderoso? Los tronos no alimentados con sangre se marchitan, su vitalidad crece proporcionalmente al mal cometido, a la masa de vidas negadas, a la diversidad prohibida y rechazada. Desvelamos aquí asuntos misteriosos, tocamos los secretos de Estado sellados con mil sellos de silencio. El Demiurgo tenía un hermano menor que no se le parecía en nada. ¿Quién no tiene un hermano menor, bajo una forma u otra, que lo sigue como una sombra, como su antítesis, compañero de un diálogo eterno? Según una cierta versión de la historia, sólo era un primo; según otra, nunca llegó a existir. Únicamente se podría deducir su existencia de los temores, de los delirios del Demiurgo que hablaban en su sueño. Tal vez hizo él mismo una imitación tosca, que lo haya sustituido no importa cómo para poder representar ese drama simbólico, repetir por la enésima vez, ritualmente, el acto original y fatal, inagotable a pesar de sus infinitas encarnaciones. Ese antagonista desdichado, nacido facultativamente, desfavorecido de oficio, si puede decirse, en

razón del papel que le incumbía, se llamaba archiduque Maximiliano[30]. Ese nombre, aun pronunciado en voz baja, hace circular en nuestras venas una sangre nueva, más clara y más roja, color del entusiasmo, del lacre de las cartas y del lápiz que trazó los telegramas felices de allá. Tenía las mejillas sonrosadas y ojos azules radiantes, todos los corazones corrían hacia él, las golondrinas le cortaban el camino con chillidos de alegría, lo rodeaban de comillas vibrantes. El mismo Demiurgo le amaba en secreto aun calculando su pérdida. Lo nombró primero gran almirante de la flota levantina, esperando que al correr la aventura de los mares del sur se ahogara miserablemente. Mas, pronto firmó un acuerdo secreto con Napoleón III quien, pérfidamente, arrastró a Maximiliano en la expedición mexicana. Todo había sido organizado. Tentado por la ilusión de un mundo nuevo y feliz que él levantaría a orillas del Pacífico, aquel joven lleno de ardor e imaginación renunció a todos los derechos al trono y a la herencia de los Habsburgo. En «Le Cid», paquebote de las líneas marítimas francesas, viajó directamente hasta la trampa tendida. Las actas de aquella conjura secreta no vieron nunca la luz del día[31].

Así desapareció la última esperanza de los descontentos. Después de la muerte de Maximiliano, Francisco José I prohibió el uso del color rojo bajo el pretexto del duelo de la corte. El negro y el amarillo se convirtieron en los colores oficiales. El color amaranto, estandarte del entusiasmo, sólo se enarbolaba secretamente en ciertos corazones. Sin embargo, el Demiurgo no consiguió extirparlo completamente de la naturaleza. ¿No está virtualmente presente en la luz del sol? Basta con cerrar los párpados para ver olas de color amaranto. El papel fotográfico se quema con esa misma luz roja del resplandor primaveral que sobrepasa todos los límites. Los toros llevados por las calles de la villa, con un trozo de franela delante de los cuernos, ven como retazos brillantes y agachan la cabeza dispuestos a embestir a toreros imaginarios que huyen con pánico a través de las arenas ardientes.

En ocasiones, durante todo un día el sol estalla detrás de los montones de nubes con contornos rutilantes y cromáticos, donde el rojo, rompiendo el dibujo, aparece a lo largo de todas las crestas. La gente camina entonces con los ojos cerrados, deslumbrada como por explosiones de cohetes, de fuegos de Bengala y barriles de pólvora. Después, al anochecer, ese fuego huracanado del cielo se debilita, el horizonte se redondea, se embellece entonces llenándose de azul, bola de cristal encerrando un panorama del mundo en miniatura, por encima del cual, coronación suprema, las nubes se disponen en abanico: balanceo de medallas doradas o sonido de campanas, letanías rosas.

La gente se reúne en la plaza del mercado, silenciosa bajo la enorme y luminosa cúpula, constituyendo sin saberlo grupos del gran final inmóvil, una escena de atenta espera, las nubes se elevan cada vez más rosas, y en el fondo de todos los ojos hay una profunda calma y un reflejo de la claridad lejana; súbitamente, mientras esperan

así, el mundo alcanza su cenit, su última perfección. Los jardines se ordenan en el interior de la bóveda cristalina del horizonte, el verdor del mes de mayo espumea, hierve y desborda, las colinas adquieren la forma de las nubes: habiendo alcanzado la cumbre, la belleza del mundo se echa a volar para entrar en la eternidad.

Y mientras que la gente permanecía todavía inmóvil, con la cabeza agachada, hechizada por el gran vuelo luminoso del mundo, aquél a quien se esperaba inconscientemente sale corriendo de entre la muchedumbre, mensajero jadeante, todo rosa, vestido con un bello tricot frambuesa, adornado con campanillas, medallas y condecoraciones. Atravesó la plaza limpia, bordeada por la muchedumbre silenciosa, aún colmada de arrebatos y anunciación, suplemento imprevisto, resultado feliz de un día resplandeciente. Dio la vuelta a la plaza, una vez, dos veces, siete veces, consumando bellos círculos mitológicos, muy delimitados, muy dibujados. Corrió sin prisa, con los párpados entornados, como avergonzado, con las manos sobre las caderas. Su vientre un poco pesado se movía al ritmo de sus pasos. En su rostro empurpurado por el esfuerzo brillaba el sudor, mientras que las medallas, las condecoraciones y las campanillas, atavíos de boda, saltan y tintinean en su pecho bronceado. Se le ve a lo lejos, con un envolvente giro parabólico se acerca al son de las campanillas, bello como un dios, increíblemente rosa, con el torso inmóvil, mirando de soslayo, ahuyentando a golpes de látigo a la jauría de perros que lo acosaban entre ladridos.

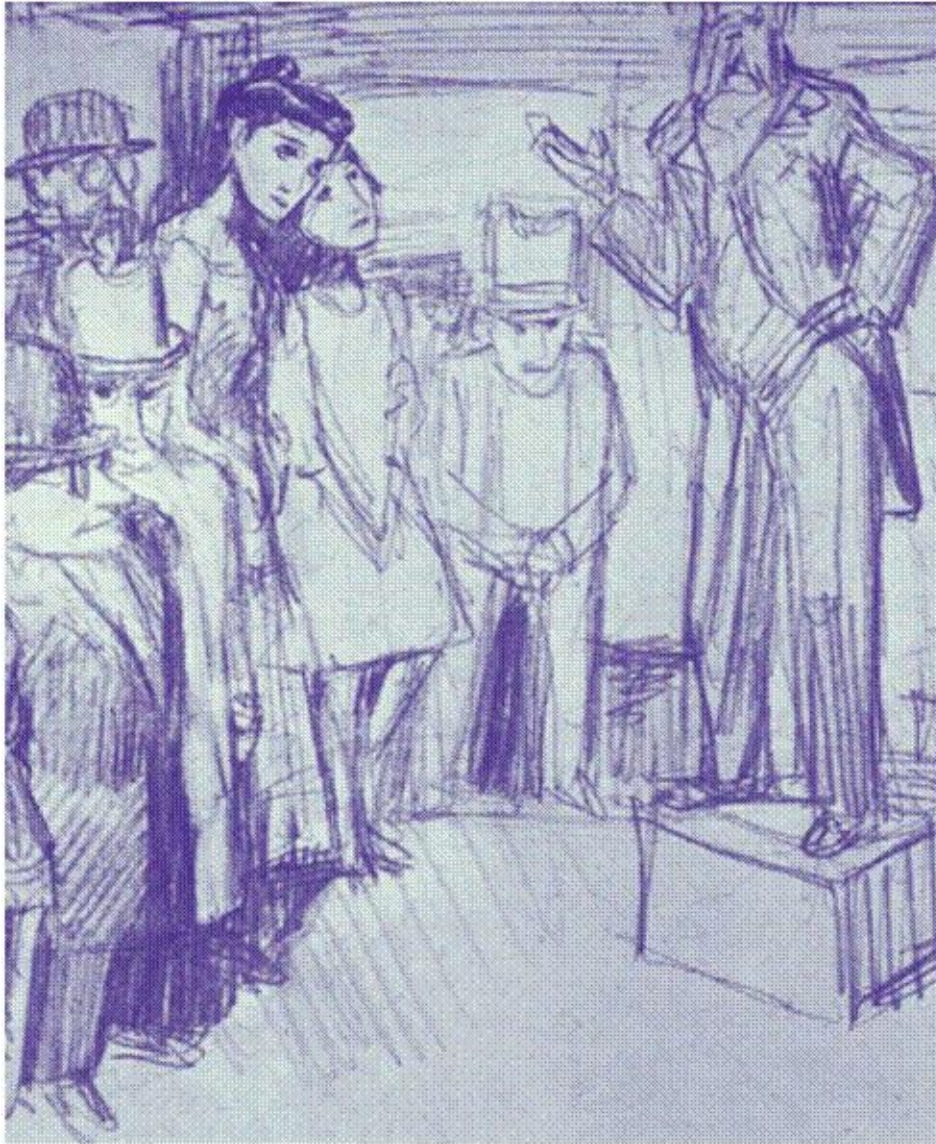
Entonces, desarmado por la armonía general, Francisco José I proclama una amnistía tácita, permite el rojo, y lo permite para esa única noche de mayo, bajo una forma diluida y dulzona, y —reconciliado con el mundo y con su antítesis— se muestra al pueblo desde una de las ventanas de Schönbrunn; en ese momento, lo ven en todo el mundo, desde todos los horizontes donde, alrededor de las plazas de mercado bien barridas, colmadas por una muchedumbre silenciosa, corren atletas rosas. Aparece como una enorme apoteosis real-imperial sobre el fondo de las nubes, con levita turquesa, con la cinta de Gran Maestre de la Orden de Malta, apoyando sus manos enguantadas en la balaustrada de la ventana, los ojos achicados por un rictus imitando la sonrisa en medio de los deltas de arrugas: sus ojos, dos botones azules sin bondad y sin gracia. Permanece de pie, zorro desilusionado maquillado en imagen de bondad, con una mueca por sonrisa en su rostro sin humor ni genio.

XXX

Después de largas vacilaciones le conté a Rudolf los acontecimientos de los últimos días. No podía guardar para mí ese secreto que me subía a la boca. Con el rostro súbitamente ensombrecido, Rudolf me acusó de mentir, sus celos estallaron al

fin de forma evidente. Todo eso es una farsa, una farsa desvergonzada, gritaba recorriendo a grandes pasos la pieza y levantando los brazos al cielo. ¡Extraterritorialidad! ¡Maximiliano! ¡México! ¡Ah! ¡Ah! ¡Plantaciones de algodón! Era suficiente, se acabó, él no admitiría que su álbum fuese utilizado para semejantes empresas. Se terminó la asociación. El contrato estaba denunciado. Se tiraba de los pelos. Estaba fuera de sí, dispuesto a todo.

Intenté explicarme, calmarlo, yo estaba muy asustado. Le concedí que en efecto el asunto a primera vista parecía increíble. Yo mismo —le dije— estoy asombrado. Nada extraño, pues, que se niegue a admitirlo, toda vez que no estaba preparado para eso. Invoqué a su corazón y a su honor. ¿Se quedará con la conciencia tranquila, al retirarme su ayuda, justamente ahora cuando el asunto entra en su fase decisiva, conseguirá que todo fracase negándome su participación? Finalmente, me comprometí a probarle con la ayuda del álbum que todo era verdad, palabra por palabra. Un poco más apaciguado, abrió el álbum. Nunca antes yo había hablado con tanta elocuencia y ardor, me superaba a mí mismo. Aludiendo a los sellos, rechacé todos los reproches, disipé todas las dudas y, yendo más lejos, llegué a conclusiones tan reveladoras que yo mismo me quedé deslumbrado ante las perspectivas que las mismas abrían. Rudolf se callaba, convencido, ya no era cuestión de romper nuestra entente.



XXXI

¿Puede considerarse verdaderamente un azar el hecho de que un museo de figuras de cera, un gran teatro de ilusión —extraordinario panóptico [32]— llegara por esos días y acampase en la plaza de Santa Trinidad? Yo lo había previsto desde hacía tiempo y se lo anuncié triunfalmente a Rudolf.

La tarde era ventosa e inquieta. A intervalos, caía un débil sirimiri. En el horizonte amarillo y apagado, el día se disponía a morir, desplegando sus toldos grises sobre el cortejo de nubes que se iban una tras otra hacia los más allá frescos y nocturnos. Las últimas estelas lejanas del sol poniente aparecieron todavía un instante, cayendo sobre una llanura espejeante de grandes lagos. Un reflejo amarillo, aterrado, ya condenado, cortó al bies una mitad del cielo: la cortina cayó rauda, los tejados brillaron con una pálida luz húmeda, la noche descendió sobre la ciudad y algunos instantes más tarde los canalones se pusieron a cantar un aire monótono.

El panóptico estaba ya iluminado. En el crepúsculo rápido y ansioso, en la luz carmínea del día agonizante, la gente se apresuraba, siluetas oscuras bajo los paraguas abiertos, ante la entrada de la carpa donde pagaban con respeto su localidad a una dama escotada, florida, centelleante, adornada de joyas y llevando una corona dorada en la boca, busto viviente, atado y pintado, desapareciendo en la sombra de las colgaduras de terciopelo.

Franqueando las puertas abiertas, penetramos en el espacio iluminado. Había ya mucha gente. Algunos grupos, con abrigo mojado por la lluvia y los cuellos alzados, deambulaban en silencio, se detenían formando semicírculos recogidos. Entre ellos, reconocí sin dificultad a los otros, a aquellos que en apariencia aún eran parte del mismo mundo pero en realidad llevaban una vida separada, embalsamada, una vida de representación colocada sobre un pedestal, expuesta a las miradas, vestida de etiqueta y vacía. Se mantenían de pie en un silencio sobrecogedor, ataviados con solemnes levitas, chaqués y chaquetas de buen tejido, confeccionadas a la medida. Estaban muy pálidos, con máculas rojas en las mejillas dejadas por su última enfermedad, de la que habían muerto, y los ojos brillantes. Desde hace mucho tiempo no hay ni un solo pensamiento en sus cabezas, únicamente el hábito de exhibirse desde todos los lados, el vicio de ofrecerse en representación, que los sostenía en ese último esfuerzo. Deberían estar ya en la cama, después de haber tragado una cucharada de medicamento, envueltos entre las sábanas frías, y con los ojos cerrados. Era un abuso obligarles a permanecer hasta tan tarde en sus zócalos y sillas sobre las que se mantenían rígidos, con los pies enfundados en zapatos de charol, infinitamente distantes de su vida de antaño, completamente privados de memoria. Desde que abandonaron la casa de locos, donde permanecieron un cierto tiempo como en el purgatorio, considerados como maníacos, antes de traspasar el

último umbral de su boca colgaba, como la lengua de un estrangulado, su último grito. No, esos no eran los Dreyfus, los Edison ni los Lucceni completamente auténticos, sino en una cierta medida simuladores. Quizá eran en efecto locos cogidos en flagrante delito, en el momento mismo en que esa deslumbrante *idée fixe* los había poseído, o su locura era verdad; hábilmente aislada, pura como un elemento y ya inmutable, se convirtió en el pivote de su nueva existencia. Desde entonces, sólo tenían ese único pensamiento-exclamación en la cabeza y se apoyaban en él, con un pie en el aire, petrificados en pleno vuelo.

Pasando de un grupo al otro, con una creciente ansiedad lo buscaba con la mirada. Finalmente lo encontré; no vestía el impecable uniforme de almirante de la flota levantina, que llevaba en el momento de abandonar Toulon en «Le Cid», ni tampoco el uniforme verde de general de caballería, que se ponía habitualmente al final de sus últimos días. Estaba vestido con una simple levita de largos faldones plisados, pantalón claro, un falso cuello alto con pechera le sostenía el mentón. Nos detuvimos los dos, Rudolf y yo, embargados por la emoción y el respeto, mezclados a un grupo de hombres que formaban un círculo en torno a él. Súbitamente, me quedé frío hasta la médula. A tres pasos de allí, en la primera fila de espectadores, vi a Bianka, en vestido de tul, acompañada de su institutriz. Ella también miraba. Su cara adelgazada estaba muy pálida, sus ojos apagados, llenos de sombra, tenían una expresión de tristeza mortal.

Permanecía inmóvil, con las manos cruzadas ocultas entre los pliegues de su vestido, los ojos llenos de luto bajo la línea severa de las cejas. Mi corazón se crispó dolorosamente. Seguí maquinalmente su mirada, y esto es lo que vi: la cara de Maximiliano se animó, despertó, una sonrisa levantó la comisura de sus labios, sus ojos parecieron brillar y se movieron en sus órbitas, un suspiro levantó su pecho donde refulgieron medallas. No era un milagro, sino un truco puramente técnico. Una vez animado, el archiduque iniciaba el ceremonial de bienvenida[33] según el principio de su mecanismo, ceremoniosamente, con arte, como tenía por costumbre cuando vivía. Su mirada se deslizaba sobre los presentes, deteniéndose en cada uno por separado.



Así se encontraron sus miradas. Él se estremeció, vaciló, tragó saliva como si fuese a decir algo, pero pronto, obedeciendo al mecanismo, apartó los ojos y su mirada continuó deslizándose sobre otros rostros, siempre con la misma sonrisa intimidante y feliz. ¿Había notado la presencia de Bianka? ¿Puso en ella su corazón? ¿Quién podía saberlo? Además, no era él mismo en el sentido propio del término, apenas un doble alejado de su verdadera persona, muy disminuido y en un estado de profunda postración. Mas, si nos atenemos a los hechos, había que admitir que él era, digamos, su propio pariente, incluso quizás él mismo, en la medida en que eso era todavía posible tanto tiempo después de su muerte. Sin duda le era difícil, para esa resurrección en cera, entrar exactamente en su piel. A pesar de todo, se había necesariamente deslizado en él en esta ocasión algo nuevo, amenazador, algo extraño, que procedía de la locura del genial maníaco que había concebido, y eso sólo podía llenar a Bianka de terror. Si un hombre gravemente enfermo recuerda poco a aquél que ha sido antes, ¿qué decir de un resucitado a pesar de sí mismo? ¿Cómo se comportaba ahora frente a ese ser salido de su sangre? Con una fingida alegría, forzando la nota, representaba su comedia de emperador-bufón, sonriente y soberbio. ¿Había sido llevado a tanta simulación como consecuencia de las miradas que le echaban en ese hospital las figuras de cera donde vivían todos bajo la amenaza de los rigores del asilo, tenía tanto miedo de los vigilantes que lo espiaban desde todos los rincones? Penosamente salido de una locura, propia, curado y finalmente salvado, ¿temía ser precipitado de nuevo en el desorden, en el caos?

Cuando mi mirada se encontró de nuevo con Bianka, vi que había ocultado su rostro en un pañuelo. La institutriz le rodeaba los hombros con un brazo, sus ojos de esmalte, vacíos, brillaban. Yo no podía soportar más el dolor de Bianka, los sollozos me oprimían la garganta, le tiré a Rudolf de una manga. Nos dirigimos hacia la salida.

A nuestras espaldas, aquel ancestro maquillado, aquel abuelo en la flor de la vida continuaba enviando a la redonda su saludo vehemente y soberano; con un aumento de celo había incluso levantado el brazo, arrojando casi, desde el fondo de su silencio inmóvil, besos tras nuestros pasos. Entre el zumbido de las lámparas de acetileno y el suave murmullo de la lluvia contra los toldos de la carpa, se levantaba sobre la punta de los pies con esfuerzo, completamente enfermo, y, como todos ellos, aspirando a la mortaja.

En el vestíbulo, el busto maquillado de la cajera nos dirigió la palabra, sus diamantes y su corona dental fulguraron sobre el fondo de las mágicas colgaduras. Nosotros salimos a la noche rutilante y tibia. El agua chorreaba de los tejados brillantes, los canalones lloraban con una voz monótona. Nos pusimos a correr bajo aquel aguacero iluminado por las farolas que zumbaban con la lluvia.

XXXII

¡Oh, abismo de la vileza humana, oh, intriga infernal! ¿En qué alma pudo engendrarse esa idea venenosa y satánica que supera los sueños más locos? Cuanto más profundizo en su insondable bajeza, más admiro en ese complot criminal la perfidia sin límites, el brillo del genio del mal.

Así, pues, el presentimiento no me había engañado. Aquí, entre nosotros, bajo apariencias de lealtad, en una época de paz general y de vigencia de los tratados internacionales, se cometía un crimen de lesa majestad. Un sombrío drama se desarrollaba en medio de un silencio absoluto, tan bien disimulado que nadie pudo adivinarlo ni descubrirlo bajo las apariencias inocentes de esta primavera. ¿Quién hubiera sospechado que entre ese maniquí amordazado, mudo, de ojos artificialmente animados, y Bianka, tan delicada, tan bien educada, se desarrollaba una tragedia familiar? ¿Quién era Bianka? ¿Debemos al fin levantar el velo del secreto? ¿Qué importa si no descendía de la emperatriz legítima de México [34], ni incluso de la esposa morganática, Isabel de Orgaz, cuya belleza había seducido al archiduque desde que la vio aparecer sobre la escena de una ópera ambulante?

¿Qué importa si su abuela fue aquella pequeña criolla a quien él llamaba tiernamente Conchita y que bajo ese nombre entró en la historia, por la escalera de servicio si se puede decir? Las informaciones que pude recoger sobre ella en el álbum de sellos se pueden resumir en pocas palabras.

Después de la caída del emperador, Conchita partió con su pequeña hija a París donde vivió de su renta de viuda, inquebrantablemente fiel a su imperial amante. La historia pierde aquí la huella de ese personaje entrañable; quedan las conjeturas y las intuiciones. Nada sabemos del matrimonio de su hija ni de la suerte de ésta. En cambio, en 1900, una cierta señora de V., persona de una extraordinaria belleza exótica, acompañada de su marido y su pequeña hija, deja Francia por Austria, provista de un pasaporte falso. En Salzburgo, en la frontera bávara, en el momento de subir al tren de Viena, toda la familia es arrestada por los gendarmes austriacos. Cosa extraña, después de la comprobación de sus falsos papeles, el señor de V. es puesto en libertad, sin embargo no hace ninguna gestión para liberar a su mujer y su hija. El mismo día, regresa a Francia y desaparece sin dejar huella. Aquí, todos los hilos se pierden por completo. ¡Con qué entusiasmo los encontré nuevamente, surgiendo en trazos de fuego de las páginas del álbum! Mi mérito y mi descubrimiento son el de haber identificado al nombrado V. como un personaje muy sospechoso, conocido bajo otro nombre y en un distinto país. Pero, ¡chist!... Ni una palabra más por el momento. Nos basta con saber que la genealogía de Bianka está verificada sin ninguna duda posible [35].

XXXIII

He aquí para la historia. Pero la historia oficial no está completa. Hay en ella vacíos intencionados, largas pausas y silencios donde la primavera se instala inmediatamente. Con presteza ha llenado los blancos con las hojas que derrama sin contar; las absurdidades de los pájaros, sus controversias falsas y sus repeticiones obstinadas, sus preguntas ingenuas para las que no hay respuesta borran las pistas. Hay que tener mucha paciencia para encontrar el texto entre tanto enredo. A eso sólo nos puede llevar un análisis gramatical de la primavera, de sus frases y periodos. ¿Quién, qué? ¿A quién, a qué? Se trata de eliminar el guirigay confuso de los pájaros, sus adverbios y pronombres agudos, sus pronombres personales fáciles de espantar, para separar poco a poco el grano de la paja. El álbum de sellos me sirve aquí como una guía preciosa. ¡Estúpida, simplista primavera! Se instala en las cosas sin discernimiento, confundiendo el hechizo y la necedad, burlona, despreocupada, siempre indolente. ¿Será ella también un aliado de Francisco José I, formará también parte del complot? No hay que olvidar que la menor pizca de buen sentido que brota en esta primavera es inmediatamente ensordecida por el parloteo absurdo y estrafalario. Los pájaros borran las huellas, enmarañan los cálculos metiendo por todas partes una puntuación errónea. Es así como la verdad es rechazada por esa primavera exuberante que siembra flores y hojas sobre cada palmo de terreno, en el menor intersticio. La verdad expulsada, ¿dónde encontrará asilo si no es allí donde nadie la busca: en los almanaques y los calendarios populares, en los cantares de ciego cuyo texto desciende en línea directa del álbum de sellos?

XXXIV

Después de semanas soleadas, siguieron algunos días nubosos y cálidos. El cielo se oscureció como en los antiguos frescos, en un silencio sofocante las nubes se amontonaron: campo de batalla trágico de la escuela napolitana. Sobre el fondo de aquellos torbellinos cobaltados y plomizos, las casas brillaban con una blancura violenta, todavía resaltada por las sombras netas de las cornisas y pilastras. La gente caminaba con la cabeza baja, llena de una oscuridad interior que —como antes de una tormenta con sus descargas eléctricas— se abría paso en ella.

Bianka no viene ya al parque. Sin duda la vigilan, le impiden salir. Han olfateado el peligro.

Hoy he visto en la ciudad a un grupo de hombres, vestidos con levita negra y sombrero de copa, atravesando la plaza del mercado con un paso medurado de diplomáticos. Las pecheras blancas de sus camisas brillaban en el aire azulado.

Examinaban las casas como si calcularan su valor. Avanzaban lentamente. Sus caras estaban recién afeitadas, sus bigotes negros como el carbón, sus ojos brillantes y expresivos. En ocasiones se quitaban el sombrero para secar sus frentes perladas de sudor. Todos altos, delgados, de mediana edad, con semblantes curtidos de gánsters .

XXXV

Los días se hicieron oscuros, nublados y grises. La tormenta lejana pesa día y noche sobre el horizonte, sin romper en lluvia. En medio de un gran silencio, un soplo atraviesa a veces el aire de acero: olor de la lluvia, brisa húmeda.

Mas, enseguida, de nuevo enormes suspiros ascienden de los jardines donde los follajes se espesan todavía. Las banderas cuelgan inertes, empañadas, derramando en el aire espeso las últimas olas de color. En ocasiones, en la esquina de una calle alguien vuelve hacia el cielo un perfil recortado por la sombra, un ojo horrorizado y brillante, escucha el ruido de los espacios infinitos. Las golondrinas negras y blancas, flechas puntiagudas y temblorosas, cortan en zigzags el fondo del aire.

Ecuador y Colombia anuncian la movilización general. En medio de un silencio amenazador, batallones de infantería se apresuran hacia los muelles del puerto, pantalones blancos, correaes blancos cruzados sobre el pecho. El capricornio chileno se ha encabritado [36]. Se le ve por la noche sobre el fondo del cielo, animal patético, petrificado de horror, con sus pezuñas en el aire.

XXXVI

Los días se abisman en la sombra y el sueño. El cielo se ha cerrado, levantó barricadas, la tormenta crece allí cada vez más negra, el cielo bajo se calla. La tierra quemada ya no respira. Sólo los parques empujan hasta perder el aliento, inconscientes y ebrios prodigan hojas, cubren con su sustancia fresca todas las grietas. (Los brotes eran pegajosos, dolorosos y supurantes; ahora sanan con el verdor, cicatrizan. Ese verdor ya ha cubierto y apagado el reclamo extraviado del cuco, sólo se oye una voz sofocada, perdida en los corredores profundos, desapareciendo bajo la avalancha del florecimiento feliz).

¿Por qué las casas brillan así en el paisaje sombrío? A medida que se acentúa la susurrante umbrosidad de los parques, más cegadora se vuelve la blancura de las paredes que reluce sin sol con un cálido destello de tierra quemada, cada vez más intensa, como si en un instante fuese a cubrirse con negras máculas de un abigarramiento enfermizo.

Los perros corren como embriagados, con los hocicos al aire. Trastornados, excitados, olfatean, escudriñan en el verde vaporoso.

Hay algo que intenta fermentar en el murmullo condensado de esos días nubosos, algo extraordinario, enorme. Yo busco, intento adivinar qué acontecimiento podría corresponder a esa espera arborescente, que se convierte en una carga enorme, a ese descenso de presión barométrica.

En alguna parte del mundo crece y adquiere importancia eso para lo que la naturaleza ha preparado tal molde, ese hiato sin un soplo, que el perfume de las lilas no llega a colmar.

XXXVII

¡Negros, negros, multitud de negros en la ciudad! ¡Se les ha visto aquí y allá, en diferentes lugares al mismo tiempo! Van por las calles, banda harapienta y chillona, invaden las tiendas de alimentación, las devastan. Bromas, risas, empujones, enormes ojos abiertos moviendo sus blancas escleróticas, sonidos guturales y dientes blancos, brillantes. Cuando la policía se movilizaba, desaparecieron como alcanfor. Lo había presentido, no podía ser de otra manera. Consecuencia inevitable de la presión atmosférica. Ahora mismo me doy cuenta que lo había intuido desde el comienzo: esta primavera tiene un trasfondo de negros.

¿Negros en este clima? ¿De dónde vienen esas hordas con pijamas de algodón a rayas? ¿Es que el gran Barnum [\[37\]](#) habrá instalado su campamento en estos parajes, con su innumerable cortejo de hombres, de animales y demonios, sus trenes estarán detenidos no lejos de allí, llenos del alboroto de los ángeles, de animales extraños y acróbatas? No, no. Barnum está lejos. Mis sospechas van en muy distinta dirección. Pero no diré nada. Es por ti que yo me callo, Bianka, y ninguna tortura podrá arrancarme una confesión.

XXXVIII

Ese día me vestí larga y cuidadosamente. Al fin, ya preparado y delante del espejo di a mi cara una expresión de firmeza implacable. Comprobé mi pistola antes de deslizarla en un bolsillo del pantalón. Todavía me eché una ojeada ante el espejo, me palpé la levita a la altura del pecho donde estaban ocultos los documentos. Estaba preparado para afrontarlo.

Me sentía tranquilo y decidido a todo. ¿No se trataba de Bianka? Por ella, ¿de qué no sería yo capaz? Había decidido no confiarle nada a Rudolf. A medida que lo

observaba, mi opinión se fortalecía: era un pájaro de bajo vuelo, incapaz de elevarse por encima de lo común. Estaba harto de esa cara petrificada, consternada, pálida de envidia, con la que acogía mis revelaciones.

El camino no era largo, lo recorrí sumido en mis pensamientos. Cuando la enorme puerta de hierro forjado se cerró detrás de mí, me encontré en un clima diferente, en una región extraña y fresca del gran año. Las ramas negras de los árboles delimitaban un tiempo aparte, sus cimas aún desnudas apuntaban hacia un cielo blanco y alto que discurría por encima de ellas, cielo de otra latitud, estrechamente demarcado por los senderos, cortado del mundo y olvidado como un golfo sin salida. Las voces de los pájaros, veladas y perdidas en los espacios, dibujaban el contorno de un silencio pesado y gris, reflejado del revés en el agua tranquila del estanque, y el mundo se precipitaba ciegamente en ese reflejo, en ese sueño todopoderoso: zarcillos de los árboles al revés huyendo hacia el infinito, palor movedizo sin término y sin límite.



Con la cabeza alta, frío y completamente dueño de mí, me hice anunciar. Me pasaron a un hall invadido por una tamizada claridad. Reinaba allí una penumbra estremecida de un lujo discreto. Por una ventana abierta, orificio de una flauta, entraban bocanadas de aire desde el jardín, ligeramente perfumado como el aire de una habitación de enfermo. El soplo invisible penetrando a través de las cortinas suavemente hinchadas, animaba los objetos que se despertaban con un suspiro, arpegios angustiados recorrían las filas de vasos venecianos en una gran vitrina, las hojas de los tapices crujían, inquietas y plateadas.

Después las paredes se apagaban, volvían a sumirse en la penumbra, y su sueño tapizado, desde hace mucho tiempo encerrado entre esos tallos, despertaba súbitamente en un delirio de aromas; así, a través de las praderas calcinadas de antiguos herbarios pasan vuelos de colibríes y manadas de bisontes, incendios de estepas y caballos, una cabellera atada a la silla de montar.

Extraño. Esos antiguos interiores no pueden encontrar la paz fuera de su pasado oscuro y convulso: en su silencio, historias consumadas, terminadas, intentan representarse una vez más, las mismas situaciones componiendo variantes infinitas, representadas ad nauseam por la dialéctica estéril de las tapicerías. Su silencio podrido y desmoralizado se descompone en el transcurso de meditaciones solitarias y recorre las paredes donde provoca oscuros relámpagos. ¿Por qué ocultarlo? ¿No había que calmar aquí, cada noche, emociones demasiado violentas, paroxismos de fiebre que aliviaban inyecciones de drogas secretas, drogas que llevaban a paisajes insospechados, tranquilos y dulces, más allá de los tapices, donde brillaban los reflejos de aguas lejanas?

Oí un ruido. Precedido por el lacayo, descendía la escalera. Era de baja estatura, aunque fuerte; de ademanes sobrios, parecía ciego detrás del reflejo de sus grandes gafas con montura de carey. Por primera vez me encontraba cara a cara con él. Era impenetrable, mas, después de mis primeras palabras, vi no sin satisfacción que dos arrugas de sufrimiento y amargura le marcaban el rostro. Mientras que, protegido por el bastión de sus gafas, se confeccionaba la máscara de una suprema invulnerabilidad, vi cómo se deslizaba entre los pliegues de esa máscara el pálido horror. Poco a poco, pareció interesado; por su expresión atenta comprendí que solamente ahora comenzaba a apreciarme en mi justo valor. Me hizo entrar en su despacho situado al lado del hall. Cuando entrábamos, pude ver cómo una mujer vestida de blanco se apartaba, inquieta, como si hubiera sido sorprendida escuchando tras la puerta, y después se alejaba hacia el fondo de la casa. ¿Era la institutriz de Bianka? Al franquear el umbral de la pieza, me pareció que entraba en una jungla. Allí reinaba un crepúsculo glauco rayado por las sombras de los estores cerrados. Las paredes estaban cubiertas de cuadros de botánica, en grandes jaulas retozaban pequeños pájaros de todos los colores. Queriendo sin duda ganar tiempo, se puso a explicarme

las armas primitivas: jabalinas, boomerangs y tomahawks dispuestos sobre las paredes. Mi sensible olfato me permitió detectar el olor del curare[38]. En el momento en que manipulaba una especie de alabarda primitiva, le recomendé la mayor precaución, y, en apoyo de mi puesta en guardia, saqué súbitamente mi pistola. Un poco sorprendido, dejó su arma con una sonrisa desagradable. Nos sentamos en torno a un enorme escritorio de ébano. Rechacé el cigarro que me ofrecía alegando mi abstinencia. Tantas precauciones me valieron al fin su aprobación. Con el cigarro colgando de la comisura de sus labios, me observaba con una sombría benevolencia que me hacía desconfiar. Sacó un talonario de cheques y —hojeándolo con un aire de indiferencia— me propuso inesperadamente un compromiso, adelantando una cifra de múltiples ceros, mientras que me miraba de soslayo. Mi sonrisa irónica le hizo abandonar ese tema. Dejando escapar un suspiro abrió los libros de cuentas. Entonces comenzó a darme explicaciones sobre el estado de sus negocios. El nombre de Bianka no fue pronunciado ni una sola vez, aunque ella estuviese presente en cada una de nuestras palabras. Yo lo miraba sin protestar, con la misma sonrisa irónica aún en mis labios. Finalmente, agotado, se dejó caer en su sillón. «Usted es intratable —dijo como si hablara para sí mismo—, ¿qué quiere usted, verdaderamente?» Yo me puse a hablar con una voz sofocada, con un fuego contenido. Sentí que mis mejillas enrojecían. Repetidas veces pronuncié el nombre de Maximiliano y me di cuenta que a cada instante la palidez de mi interlocutor se acentuaba. Me contuve al fin, respirando entrecortadamente. Él, abatido, permanecía inmóvil. Ahora ya no vigilaba su rostro, súbitamente envejecido y fatigado. «Las decisiones que usted tome me dirán —concluí— si ha comprendido el nuevo estado de cosas y si está dispuesto a reconocerlo. Exijo hechos, sólo hechos...»

Extendió una mano temblorosa hacia la campanilla. Lo detuve con un gesto y, con el dedo sobre el gatillo de la pistola, salí sin dejar de mirarle. En el vestíbulo, el lacayo me tendió mi sombrero. Me encontré en la terraza inundada de sol, con los ojos aún llenos de oscuridad y vibraciones. Descendí la escalera sin volverme, triunfante y seguro de que ahora ningún cañón de fusil asesino me apuntaba detrás de uno de los estores cerrados del castillo.

XXXIX

Importantes asuntos, asuntos de Estado de la mayor trascendencia me obligan ahora a tener con Bianka frecuentes conferencias secretas. Me preparo escrupulosamente, trabajando hasta avanzadas horas de la noche en mi escritorio, sumido en todos esos problemas dinásticos de una naturaleza particularmente delicada. El tiempo pasa, la noche se detiene silenciosa en el halo de la lámpara

delante de la ventana abierta, noche avanzada y solemne; cada vez más oscura, desamparada e impotente, lanza en mi ventana suspiros inefables. A largos y lentos tragos mi habitación aspira las malezas del parque, se llena de la oscuridad mezclada con las semillas de los granos que se esparcen en el aire, con los pólenes oscuros y las mariposas nocturnas de terciopelos silenciosos que sobrevuelan las paredes al ritmo de pánicos inaudibles. Las espesuras arboladas de los tapices se erizan de angustia, a través de las hojas de plata se deslizan pavores letárgicos, éxtasis, estremecimientos y terrores que colman la noche de mayo más allá de los márgenes de la medianoche. Su fauna de cristal, plancton ligero de mosquitos, me envuelve mientras que me inclino sobre mis papeles, intercala en el espacio su blanco bordado espumeante y precioso que la noche sigue tejiendo más allá de la medianoche. Saltamontes y efímeras, mariposas nocturnas de cristal, finos monogramas, arabescos imaginados por la noche, vienen a posarse sobre las páginas, cada vez más grandes y fantásticos, tan grandes como murciélagos, como vampiros, hechos del aire y la caligrafía. Por el visillo filigranea ese sensitivo bordado, invasión silenciosa de una blanca fauna imaginaria.

Una noche así, que ignora sus propios límites, hace que la noción de espacio pierda su sentido. Rodeado por esa danza como de derviches giradores de los insectos, con un fardo de papeles ya analizados bajo el brazo, doy algunos pasos en una dirección indeterminada, hacia el callejón sin salida de la noche cerrada por una puerta blanca, la puerta de la habitación de Bianka. Muevo el picaporte y entro en su casa como si pasara de una pieza a la otra. A pesar de eso, en el momento de franquear el umbral, los bordes de mi sombrero negro de carbonario [\[39\]](#) golpean contra el viento de una larga caminata, la seda de mi corbata atada en un nudo fantástico murmura en las corrientes de aire, aprieto contra mí el portafolios con el voluminoso dossier de documentos ultra secretos. Tengo la impresión, después de haber franqueado su vestíbulo, de entrar en el centro de la noche. ¡Qué profundamente se respira aquí! Esto es el núcleo, el corazón de la noche ahogada de jazmín. Aquí comienza entonces la verdadera historia. Una gran lámpara arde sobre la cabecera de la cama. Bajo la sombra carmínea de su pantalla Bianka descansa entre enormes almohadones, llevada por la crecida de las sábanas como por la marea ascendente de la noche. La ventana está abierta, Bianka lee, con la cabeza apoyada sobre su pálido brazo. Me inclino profundamente, ella me responde con una breve mirada, apartando por un segundo los ojos del libro. Vista de cerca, su belleza parece controlarse, podríamos decir que se retira. Con una sacrílega emoción observo que el dibujo de su pequeña nariz está lejos de ser noble y su tez lejos de ser perfecta. Lo percibo con un cierto alivio, aunque sé que si borra así su resplandor, es únicamente por una especie de piedad, para no cortarme el aliento y la palabra. Con el alejamiento, su belleza se regenera y enseguida se vuelve dolorosa, desmesurada e

insoportable.

Animado por su gesto, me siento cerca de la cama y comienzo mi informe sirviéndome de los documentos que he preparado. Por la ventana abierta —a la altura de la cabeza de Bianka—, los rumores enloquecidos del parque entran por oleadas. Desfiles de árboles, todo un bosque penetra a través de las paredes, omnipresente, envolvente. Bianka me escucha con cierta distracción. En el fondo, me parece irritante que no interrumpa la lectura. Ella me deja exponer cada problema bajo todos sus aspectos, demostrar todos los pros y los contras, después, alzando los ojos, parpadea, con un aire un poco ausente, y zanja rápido el asunto, superficialmente pero con una precisión asombrosa. Atento a cada una de sus palabras, escucho ardientemente el tono de su voz con el fin de descubrir su intención oculta. Entonces le presento humildemente los decretos, los firma, y sus pestañas arrojan largas sombras sobre sus mejillas, después me observa con leve ironía cuando yo los rubrico.

Es posible que la avanzada hora —pasada la medianoche— no favorezca la concentración en los asuntos de Estado. Superada la última frontera, la noche entra en una cierta relajación. Mientras conversamos, la ilusión de la pieza se difumina cada vez más, estamos realmente en el bosque: matas de helechos invaden todos los rincones, justo detrás de la cama brota una pared de maleza, móvil, enredada. De esa pared frondosa surgen —con las reverberaciones fulgúreas de la lámpara— ardillas de grandes ojos, picos y criaturas nocturnas; estáticas, miran el espacio luminoso con ojos saltones. A partir de un cierto momento, entramos en un tiempo ilegal, en una noche incontrolada, culpable de todos los excesos, de todas las fantasías. Lo que ocurre es inesperado, fútil, teñido de infracciones imprevisibles. Sólo a eso puedo atribuir el cambio extraño que se produjo entonces en el comportamiento de Bianka. Ella, siempre tan seria y dueña de sí misma, personificación de una bella disciplina, se vuelve caprichosa y obstinada, de reacciones sorprendentes. Los papeles están diseminados sobre la gran superficie del cobertor, Bianka los coge negligentemente y echa una ojeada distraída, después los deja deslizar de sus dedos indiferentes. Con un rictus malhumorado en sus labios, su pálido brazo bajo la cabeza, posterga su decisión y me hace esperar. O bien me vuelve la espalda, se tapa los oídos con las manos, sorda a mis proposiciones y súplicas. O bien, súbitamente, con un movimiento brusco del pie tira al suelo todos los papeles y me mira desde la altura de sus almohadones, con las pupilas misteriosamente dilatadas, cuando me inclino para recogerlos y sacudirles las agujas de pino. Esos caprichos, por lo demás encantadores, no facilitan mi tarea de regente, difícil y llena de responsabilidades. Durante nuestra conversación, el susurro del bosque y el olor del jazmín hacen desfilar a través de la habitación paisajes siempre nuevos, siempre más vastos: fragmentos de bosques, cortejos de árboles y arbustos, escenarios forestales. Se hace evidente que, desde el

principio, nos encontramos como en un tren nocturno que se desplaza lentamente al borde de un barranco, en las proximidades boscosas de la ciudad. De allí viene ese soplo de aire, embriagador y profundo, que penetra en los compartimientos con un argumento nuevo que se prolonga en una perspectiva infinita de presagios. Hay incluso un revisor con su pequeña linterna, surgido de no se sabe dónde o de entre los árboles, que perfora nuestros billetes. Penetramos en la noche, las corrientes de aire hacen crujir las puertas. Los ojos de Bianka parecen más profundos, sus mejillas arden, una sonrisa enigmática se dibuja en sus labios. ¿Va a confiarme un secreto? Habla de traición y su cara se enciende, sus ojos se empequeñecen ante la subida del placer cuando, retorciéndose como un lagarto bajo el cobertor, insinúa que yo he traicionado, yo, la misión más sagrada. Indaga atentamente mi cara palidecida con sus ojos dulces que súbitamente se ponen a bizquear. "Hazlo, murmura con insistencia, hazlo. Tú te convertirás en uno de ellos, en uno de esos negros..." Y, cuando lleno de desesperación, llevo un dedo a mis labios con gesto de súplica, una repentina maldad se dibuja en su cara. "Eres ridículo con tu fidelidad, tu misión. ¡Dios sabe lo que te imaginas! Te crees indispensable. ¿Y si hubiera elegido a Rudolf? Lo prefiero mil veces a ti, aburrido pedante. Ah, él me obedecería, me obedecería hasta el crimen, hasta borrarse a sí mismo, hasta aniquilarse." Después, con un aire repentinamente triunfante, me pregunta: "¿Recuerdas a Lonka, la hija de la lavandera Antosia, con la que tú jugabas cuando eras pequeño?" Yo la miré asombrado. "Era yo, dijo sonriendo ahogadamente, sólo que en aquella época yo era un muchacho más. ¿Te gustaba entonces? "

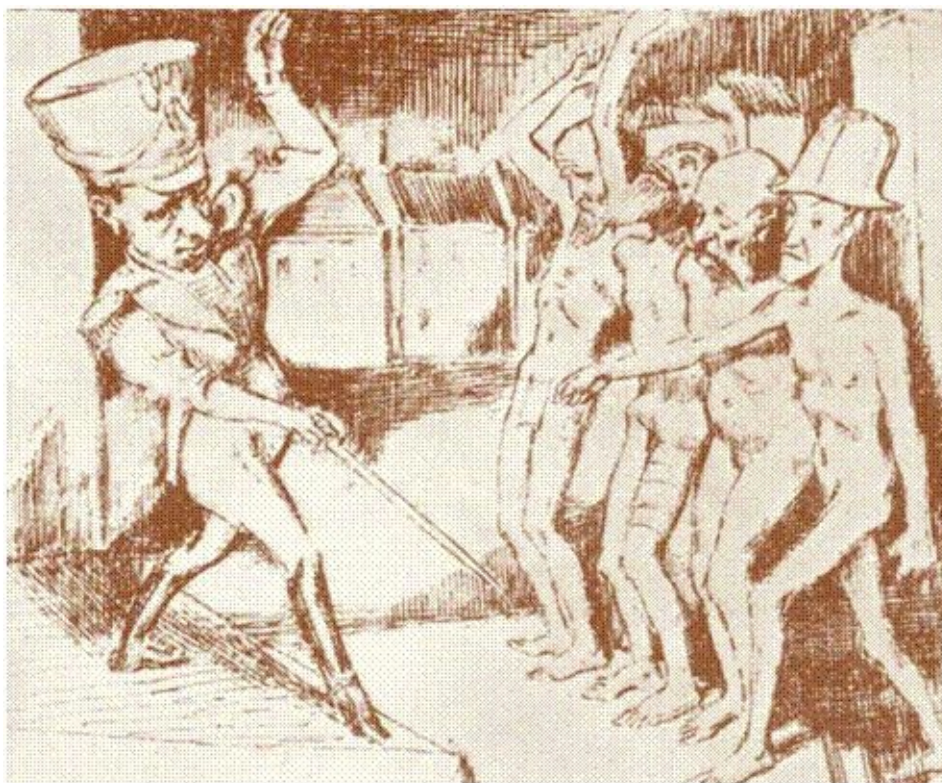
Ah, en el seno de la primavera algo se rompe y se deshace. Bianka, Bianka, ¿también tú me decepcionas?

XL

Temo desvelar demasiado pronto mis últimas bazas. La apuesta es muy elevada como para correr tal riesgo. Hace mucho tiempo que he dejado de dar cuenta a Rudolf del desarrollo de los acontecimientos. Además, su comportamiento ha cambiado. La envidia, que era el rasgo dominante de su carácter deja paso a una cierta generosidad. Una benevolencia servil mezclada de turbación se manifiesta en sus gestos y en sus palabras torpes cuando nos encontramos por azar. Antes, detrás de su aspecto sombrío de hombre taciturno, detrás de su reserva que disimulaba una expectativa, había en efecto una curiosidad devoradora, ávida de detalles nuevos, de una nueva versión del asunto. En la actualidad, está extrañamente tranquilo, ya no desea conocer nada de mí. En el fondo prefiero eso, ahora que cada noche tengo esas conferencias tan importantes en el museo de figuras de cera, y que deben todavía

permanecer absolutamente secretas. Los vigilantes, inconscientes por la vodka que les ofrezco en abundancia, duermen el sueño de los justos mientras que yo delibero entre esa augusta asamblea, al resplandor de algunas velas humeantes. Hay entre ellos cabezas coronadas y no resulta fácil su trato. Todos conservan su heroísmo de antaño, hoy desprovisto de sentido, la facultad de consumirse en el fuego de un ideal, de jugárselo todo a una sola carta. La prosa cotidiana ha desacreditado una tras otra las ideas por las que vivieron, y helos aquí llenos de una energía inútil, con los ojos brillantes, la mirada ausente: esperan la última réplica de su papel. Me será muy fácil falsear esa réplica, inducirles una idea cualquiera: ¡son tan crédulos, tan desamparados! Eso hace mi tarea menos ardua. Aunque, por otro lado, me cuesta llegar a su espíritu, encender ahí la chispa de un pensamiento, pues el viento de la nada sopla a través de sus almas. Tan sólo el despertarlos de su sueño me ha llevado un gran esfuerzo. Estaban todos postrados en sus camas, mortalmente pálidos y no respiraban. Me incliné sobre sus rostros, pronuncié en voz baja las palabras esenciales para ellos, las palabras que hubieran debido traspasarlos, electrizarlos. Abrieron un ojo. Tenían miedo de los vigilantes, ponían semblante de estar sordos, de estar muertos. Solamente una vez tranquilizados se levantaron de sus lechos, cubiertos de vendajes, compuestos de piezas, sujetando las prótesis de madera, los falsos pulmones y las imitaciones de hígados. Al principio, se mostraron muy desconfiados, intentaban recitar los papeles que se les había enseñado. Les parecía inconcebible que se les pudiera pedir otra cosa. Y yo los veía inmóviles, turbados, exhalando a veces un gemido, esos hombres espléndidos, flor de la humanidad, esos Dreyfus y Garibaldi, Bismarck y Victor Manuel I, Gambetta y Mazzini, y tantos otros. El archiduque Maximiliano era el que peor lo entendía. Cuando, pegado a su oreja, murmuré, repitiéndole cálidamente, el nombre de Bianka, sus ojos parpadearon, un gran asombro se dibujó en sus rasgos, pero ninguna luz de comprensión los iluminaba. Sólo entonces, cuando pronuncié lentamente, con fuerza, el nombre de Francisco José I, una mueca salvaje torció sus rasgos durante un segundo: como un reflejo que no tuvo ya correspondencia en su alma. Ese complejo, también, hace mucho tiempo que fue expulsado de su conciencia. ¿Cómo pudo vivir con una tensión de odio así, él, reconstituido y cicatrizado tan penosamente después de la sangrante descarga de fusilería de Veracruz [\[40\]](#)? Tuve que volver a enseñarle su vida desde el principio. La anamnesia era muy débil, tuve que recurrir a sus reflejos emocionales. Le inculqué los rudimentos del amor y el odio. Una noche después, puede creerse que lo había olvidado todo. Más dotados que él, sus camaradas venían en mi ayuda aconsejándole las reacciones con las que debía responderme. Así, su educación avanzaba lentamente. Él estaba muy castigado, muy devastado interiormente por sus vigilantes, sin embargo obtuve al fin el siguiente resultado: al oír pronunciar el nombre de Francisco José I sacaba su espada de la funda. Incluso

estuvo a punto de traspasar a Victor Manuel I que no se apartó a tiempo de su camino.



Ocurrió, además, que el ideal había inflamado mucho más rápido al resto de ese sagrado colegio que al desventurado archiduque, que seguía a los otros con gran dificultad. Su entusiasmo no tenía límites, me sentía obligado a mitigarlo con todas mis fuerzas. Imposible juzgar hasta qué punto habían comprendido la causa por la cual iban a combatir. El fondo, el contenido, no era su asunto. Predestinados a arder en el fuego de un dogma, estaban encantados de haber encontrado —gracias a mí— una palabra por la cual podrían morir en el campo de honor, arrastrados por el viento del éxtasis. Los tranquilizaba por medio de la hipnosis, empujándolos progresivamente, aunque con dificultad, a guardar el secreto. Estaba orgulloso de ellos. ¡Qué general tuvo nunca bajo sus órdenes un estado mayor tan deslumbrante, un cuerpo de oficiales de espíritus tan ardientes, una guardia formada por inválidos, ciertamente, pero inválidos tan geniales!

Llegó finalmente la noche tormentosa, colmada de tempestad, conmovida hasta el fondo por aquella enormidad que germinaba en su seno. Los relámpagos rompían las tinieblas, la tierra se abría, resquebrajada hasta las entrañas, mostraba su núcleo deslumbrador y después lo cerraba de nuevo. El mundo remaba en medio del murmullo de los parques, de desfiles de árboles, de horizontes cambiantes. Abandonamos el museo protegidos por el velo de la noche. Yo marchaba a la cabeza de aquella cohorte inspirada que avanzaba entre claudicaciones, vacilaciones, descansos, ruidos de muletas y madera. Los relámpagos se deslizaban sobre las láminas de las espadas que ya se habían desenvainado. Alcanzamos así, en la oscuridad, la reja de la villa. Estaba abierta. Inquieto, presintiendo una celada, di la orden de encender las antorchas. El aire se empurpuró, los pájaros alzaron el vuelo, asustados por la luz de las llamas humeantes. Vimos la villa, sus terrazas y balcones como iluminados por un incendio. En el tejado ondeaba una bandera blanca. Con el corazón oprimido por un mal presentimiento, entré en el recinto a la cabeza de mis valientes. En la escalinata apareció el mayordomo. Con un ademán de saludo, descendía la monumental escalera y se aproximaba, pálido, dudando, cada vez más visible a la luz de las antorchas. Dirigí contra su pecho la punta de mi espada. Mis fieles permanecían inmóviles con las antorchas en alto, en el silencio se oía el crepitar de las llamas movidas por el viento.

—¿Dónde está el señor de V.? —pregunté.

El mayordomo hizo un gesto vago con las manos.

—Ha partido, señor —dijo.

—Veremos si es verdad. Y la Infanta, ¿dónde está?

—Su Alteza también ha partido, todos se han ido.

No tenía razón para dudarlo. Alguien me había traicionado. No había tiempo que perder.

—¡A caballo! —grité—. ¡Hay que cortarles la retirada!

Derribamos la puerta de la caballeriza, la oscuridad exhaló el olor caliente de los animales. Un instante después todos montábamos piafantes corceles. Llevada por su galope, nuestra cabalgada se estiró por la calle nocturna con un ruido crepitante de cascos. «Por el bosque, hacia el río», exclamé, torciendo por un camino forestal. En torno a nosotros las profundidades del bosque se desencadenaban. En la oscuridad se abrían paisajes de catástrofes y diluvios. Cabalgábamos a rienda suelta entre el rumor de las cascadas, rodeados por masas de árboles agitados; de las antorchas se desprendían jirones de llamas detrás de nuestra galopada. Un huracán de pensamientos atravesaba mi cabeza. ¿Bianka había sido secuestrada o la baja herencia de su padre había ganado contra la noble sangre de su madre y la conciencia de una misión a cumplir que en vano yo había querido inculcarle? El sendero, cada vez más estrecho, se convertía en una hondonada al final de la cual se abría un gran claro. Ahí les dimos alcance. Nos habían visto de lejos, los carruajes se detuvieron. El señor de V. descendió, cruzó las manos sobre su pecho. Avanzaba hacia nosotros, sombrío, carminoso a la luz de las antorchas, sus gafas destellaban. La punta de doce espadas brillantes se dirigieron contra él. Nos aproximamos formando un amplio semicírculo, las cabalgaduras iban al paso, hice visera con la mano. La luz cayó sobre uno de los carruajes, entonces vi a Bianka acurrucada en el fondo, pálida como la muerte, y a su lado, Rudolf. Él le cogía la mano que apretaba contra su corazón. Despacio, me bajé del caballo y me dirigí hacia ellos con un paso indolente. Rudolf se levantó como si fuera a venir a mi encuentro.

Cuando llegué al carruaje, me volví hacia los jinetes que se mantenían preparados, con la guardia alta, y dije: "Señores, os he molestado inútilmente. Estas personas quedan libres y partirán sin ser inquietadas. Nadie tocará ni uno solo de sus cabellos. Habéis cumplido con vuestro deber. Envainad las espadas. No sé hasta qué punto habéis entendido el ideal a cuyo servicio os he consagrado, hasta qué punto se hizo sangre de vuestra sangre, si corre por vuestras venas. Ese ideal, como veis, está en quiebra, y en toda la línea. Creo que sobreviviréis a este fracaso sin gran daño, habiendo sobrevivido ya al fracaso de vuestro propio ideal. Ahora ya sois indestructibles. En cuanto a mí. Pero poco importa mi persona. Simplemente, no quisiera —aquí me volví hacia la pareja en el landó— que creáis haberme cogido desprevenido. No. Yo lo había previsto hace mucho tiempo. Si aparentemente persistí en mi error durante todo este tiempo, fue únicamente porque no tenía derecho a saber lo que estaba más allá de mi competencia, no tenía derecho a anticipar los acontecimientos. He querido mantenerme en el lugar en que el destino me había situado, he querido llenar hasta el final mi programa, permanecer fiel al papel que había usurpado. En efecto, lo confieso ahora y me arrepiento: a pesar de todo lo que me aconsejaba mi orgullo, sólo he sido un usurpador. En mi ceguera, he querido explicar las Escrituras, he querido ser el intérprete de la voluntad divina; guiado por

una falsa inspiración, he cogido a ciegas presunciones, contornos que se deslizaban a través de las páginas del álbum de sellos. Y los he reunido en una figura, desgraciadamente, gratuita. He querido imponerle a esta primavera mi dirección, he añadido a su florecimiento que no tiene límites mi propio programa, he querido plegar la primavera a mis planes. Indiferente y paciente, me ha sostenido algún tiempo, sintiendo apenas mi peso. Había creído adivinar sus intenciones profundas, he querido anticipar lo que no sabía expresar ella misma, equivocada por su propia riqueza. Ignoré todos los síntomas de su salvaje e insobornable independencia, no quise ver las violentas perturbaciones que la conmovían hasta el fondo de su inalcanzable corazón. Mi manía de grandeza me ha llevado incluso a inmiscuirme en los asuntos dinásticos de los más altos poderes, os he movilizado, a vosotros, señores, contra el Demiurgo, he abusado de vuestra falta de resistencia a las ideas, de vuestra noble falta de sentido crítico, a fin de inculcaros una doctrina falsa y peligrosa para el mundo, a fin de empujar vuestro idealismo entusiasta a actos de locura. No quiero prejuzgar la cuestión de saber si yo estaba realmente llamado para las causas más altas que codiciaba mi orgullo. Sin duda sólo he sido llamado para realizar el principio, después he sido abandonado. He sobrepasado mis límites, pero eso también estaba previsto. En el fondo, desde el comienzo conocía mi destino. Como el del infeliz Maximiliano que, he aquí, era el destino de Abel. Durante algún tiempo mi ofrenda ha sido agradable a Dios, mientras que el humo de la tuya se arrastraba por el suelo, Rudolf[41]. Pero Caín siempre vence. Este juego estaba urdido de antemano."



En ese momento, una detonación lejana estremeció el aire, una columna de fuego surgió por encima del bosque. Todos volvieron la cabeza. «No temáis —dije—, es el panóptico que arde. Al abandonarlo, dejé un barril de pólvora con la mecha encendida. No tenéis casa, nobles señores, estáis sin hogar. Tengo la esperanza de que eso no os trastorne demasiado.»

Mas, aquellos personajes fuera de lo común, la crema de la humanidad, se callaban entornando los ojos, desamparados e inmóviles, en orden de combate, iluminados por el resplandor lejano del incendio. Se miraban con aire de no comprender nada, parpadeando. «Usted, Sire —aquí me dirigí al archiduque— estaba equivocado. Fue tal vez, por vuestra parte también, una manía de grandeza. Yo no tenía razón en querer reformar el mundo en vuestro nombre. Además, quizá incluso ésa no era vuestra intención. El rojo es un color igual a los otros, únicamente todos juntos crean la luz plena. Perdonadme por haber utilizado abusivamente vuestro nombre para fines que os eran extraños. ¡Viva Francisco José I!»

El archiduque se estremeció al oír ese nombre, llevó la mano a su espada, pero desistió al momento, un rubor más vivo coloreó sus mejillas maquilladas, sus labios se abrieron en una sonrisa, sus ojos giraron en sus órbitas y, con dignidad y cadencia, inició el ceremonial de bienvenida, pasando de uno a otro con una sonrisa radiante. Todos se apartaron escandalizados. Esa reiteración de los hábitos imperiales en circunstancias tan poco propicias causó una impresión deplorable.

—Deténgase, Sire —dije—, no tengo duda de que conocéis al pie de la letra el protocolo de vuestra corte, pero éste no es el momento. Quisiera leerlos, nobles señores y a vos Infanta, el acta de mi abdicación. Abdico en toda la línea. Disuelvo el triunvirato. Le devuelvo a Rudolf los poderes de regente. Y vosotros, nobles señores —aquí me volví hacia mi estado mayor— vosotros sois libres. Teníais las mejores intenciones y os doy gracias en nombre del ideal, de nuestro ideal destronado —las lágrimas me subieron a los ojos— que, a pesar de todo...

En ese momento el estrépito de un disparo se oyó muy cerca. Volvimos todos la cabeza en esa dirección. El señor de V., con la pistola aún humeante en la mano, estaba allí, de pie, extrañamente rígido y como al bies. Una fea mueca le torcía el rostro. Súbitamente, se tambaleó y cayó de bruces al suelo. «¡Padre, padre!» —gritó Bianka—, precipitándose sobre el cuerpo caído. Siguió un momento de confusión. Garibaldi, antiguo combatiente que sabía de heridas, examinó al infeliz. La bala había traspasado el corazón. El rey del Piamonte [\[42\]](#) y Mazzini levantaron el cuerpo con precaución, agarrándolo bajo los brazos, y lo dejaron sobre una angarilla. Bianka sollozaba apoyada en Rudolf. Los negros que, solamente entonces, se habían agrupado bajo los árboles, rodearon a su amo. «Massa, massa, nuestro buen massa» —gemían a coro.

¡Esta noche es verdaderamente fatal! —grité. No será la última tragedia de su

memorable historia. Confieso sin embargo que esto no lo había previsto. He sido injusto. A pesar de todo, latía en su pecho un corazón noble. Revoco mi juicio inicuo y parcial sobre él. Veo que era un buen padre y un buen amo para sus esclavos. Aquí también mi anterior visión de las cosas entra en quiebra. La abandono sin pesar. A ti, Rudolf, te corresponde calmar el dolor de Bianka, amarla doblemente, reemplazar a su padre. Sin duda, desearéis embarcarlo con vosotros, formemos una comitiva y vayamos al puerto. La sirena del buque os llama desde hace mucho tiempo.

Bianka subió al carruaje, nosotros montamos en los caballos, los negros auparon la angarilla sobre los hombros y nos dirigimos hacia el puerto. Las cabalgaduras cerraban la triste comitiva. Durante mi alocución la tempestad se había calmado, la luz de las antorchas abría grietas profundas en el bosque, sombras negras, alargadas, se desplazaban a derecha, a izquierda y por encima de nuestras cabezas, cerrándose en un amplio semicírculo detrás de nosotros. Finalmente salimos del bosque. Se veía ya el barco de vapor con sus grandes ruedas.

Ya no me queda nada más que añadir, nuestra historia llega a su fin. Acompañado por los sollozos de Bianka y de los negros, el cuerpo fue llevado a cubierta. Una última vez, formamos una fila en el muelle. «Una cosa más, Rudolf» —dije, reteniéndolo por un botón de su levita—. «Partes como heredero de una enorme fortuna. No quiero imponerte nada, me correspondería más bien a mí asegurar la vejez de estos héroes de la humanidad que se han quedado sin techo; pero, desgraciadamente, estoy en la miseria.» Rudolf sacó inmediatamente el talonario de cheques. Nos consultamos con brevedad y llegamos a un rápido acuerdo.

—¡Señores! —exclamé, volviéndome hacia mi guardia—, mi generoso amigo ha decidido reparar ese acto mío que os ha privado de pan y cobijo. Después de lo ocurrido ningún panóptico os aceptaría, sobre todo cuando la competencia es tan grande. Tendréis que abandonar algunas de vuestras ambiciones. A cambio, seréis hombres libres y yo estoy seguro de que sabréis apreciarlo. Y como a vosotros no se os enseñó profesión práctica alguna, lamentablemente, puesto que estábais predestinados a la pura representación, mi amigo os dona una cantidad de dinero suficiente para la compra de doce organillos de Schwarzwald[43]. Id por el mundo, tocando para levantar el corazón de la gente. La elección de las arias os corresponde a vosotros. Inútil ocultarlo: no sois verdaderos Dreyfus, Edison o Napoleón, lo habéis sido a falta de mejores, si puedo decirlo. Ahora vais a aumentar el número de vuestros predecesores, de esos Garibaldi, Bismarck y Mac-Mahon anónimos y olvidados que surcan el mundo. En el fondo de vuestros corazones, seréis como ellos para siempre. Ahora, queridos amigos y nobles señores, gritad conmigo: ¡Vivan los recién casados, Rudolf y Bianka! «¡Viva!» —exclamaron a coro. Los negros entonaron un spiritual song. Cuando acabó, los reagrupé con un gesto de la mano y después, tras situarme en medio, dije:

—Y ahora adiós, señores, y de lo que vais a ver dentro de un instante sacad la conclusión y el aviso de que no le corresponde a nadie descifrar los secretos divinos. Nadie ha profundizado jamás en los propósitos de la primavera. *¡Ignorabimus, señores, ignorabimus!* [44]

Levanté la pistola hasta mi sien y disparé, pero en ese preciso instante recibí un golpe que me hizo soltar el arma. Un oficial del batallón de fusileros [45] que tenía unos papeles en la mano, preguntó:

—¿Es usted Józef N.?

—Sí —respondí sorprendido.

—¿Ha tenido usted hace algún tiempo el típico sueño del bíblico José?

—Quizás.

—De acuerdo —dijo el oficial, consultando sus papeles—. ¿Sabe usted que su sueño ha sido conocido en las más altas instancias y severamente condenado?

—No respondo de mis sueños.

—Sí. ¡En nombre de Su Majestad Real e Imperial queda usted arrestado! —
Sonreí.

Qué lenta es la maquinaria de la justicia. La burocracia de Su Majestad Real e Imperial es un poco indolente. Hace mucho tiempo que he distanciado ese sueño de juventud con hechos aún más graves, por los cuales iba a hacerme justicia, y he aquí que ese sueño antiguo me salva la vida. Estoy a vuestra disposición.

Vi aproximarse una columna del batallón de fusileros. Extendí las manos para que me pusieran las cadenas. Por última vez, volví la mirada. Por última vez, vi a Bianka. De pie sobre la cubierta, agitaba un pañuelo. La guardia de los inválidos me saludaba en silencio.





La primavera —más que un relato, una novela corta— forma parte del corpus narrativo de *El Sanatorio de la Clepsidra* [1934], segundo libro en prosa de Bruno Schulz, escritor judío-polaco que levantó en muy poco tiempo una obra literaria —además de gráfica— poderosa y de largo aliento, que lo ha situado entre los grandes nombres de la literatura universal. *La Primavera* contiene todos esos elementos característicos de la novela romántica de corte histórico del siglo XIX: amor, poesía, intrigas, política, conjuras de palacio, personajes de trazo soberbio como la enigmática Bianka —o Józef— el mismo protagonista, y hasta un alucinante panóptico de figuras de cera que vuelven a cobrar vida animada por mor de la magia negra y poética que Schulz y su alter ego —el protagonista de la historia— despliegan en cada página.

Nos encontramos aquí con una traducción extraordinaria de la obra de Bruno Schulz: rítmica, de construcción perfecta en castellano, llena de aciertos formales y difícilmente superable. Aunque —como decía Walter Benjamin—, si *aun la mejor traducción está destinada a diluirse*, las traducciones de la obra de Bruno Schulz llevadas a cabo por MALDOROR ediciones perdurarán en el tiempo.

Así, pues, para entrar y comprender y apreciar el mundo de Schulz, su poética y su literatura, sólo hay un camino: leerlo en MALDOROR ediciones. Schulz y su prosa en estado de Gracia.

MALDOROR ediciones ha publicado en volúmenes exentos toda la obra de Bruno Schulz: *Las Tiendas de Canela Fina*, *El Sanatorio de la Clepsidra*, *El Libro Idólatra*, *La república de los sueños*, *Ensayos críticos*, *Correspondencia*, y el ensayo biográfico *Schulz*, de Jerzy Jarzebski.

Notas

[1]. **liras y cisnes**: alusión a las formas de los instrumentos de música, y al mismo tiempo a las constelaciones boreales de Cisne y Lira.

[2]. **rumor de sus carros:** alusión a los nombres de las constelaciones boreales: Carro Mayor y Carro Menor.

[3]. **como salida del Zodíaco:** probablemente se refiere a la constelación zodiacal de Virgo.

[4]. Se trata del sueño del José bíblico. (*Génesis* 37:9).

[5]. Ese «proceso de contracción» y «dejar el lugar libre» que efectúa la primavera es semejante al «zimzún» cabalista: si Dios es toda la realidad, si Dios fuese infinito y ocupase todo el universo, la creación sería imposible puesto que no existiría un lugar donde no estuviese la sustancia divina. La creación sólo ha podido tener lugar porque Dios se ha concentrado, porque se ha retirado al interior de sí mismo para crear un vacío y dejar un lugar libre para la creación —y ese retroceso es el «zimzún».

[6]. **Alejandro el Grande** (356-323 a. de C.) — su vida dio origen a diversas leyendas reflejadas en la literatura. En una de esas leyendas diría que en el cielo no hay sitio para dos soles y en la tierra para dos soberanos.

[7]. **Tasmania**: isla cerca de Australia, que pertenecía a la Unión Australiana y hasta 1912 emitía sus propios sellos de correo; **Hajdarabad** — antiguo país situado en territorio de la India con su capital del mismo nombre [ahora capital de la región Andhra-Prades). Los sellos de Hajdarabad aparecían escritos en idioma urdu y también en alfabeto arábigo.

[8]. **Francisco José I Habsburgo** (1830-1916): emperador del país Austro-Húngaro en los años 1848-1916, el monarca de más larga gobernación en toda la historia mundial, símbolo de la estabilidad del *ancien régime*.

[9]. **Heresiarca** (griego): creador y propagador de ideas contrarias a los dogmas de la religión declarada y profesada en algún lugar.

[10]. **libro del esplendor:** Schulz, en la descripción de su relato titulado «El Libro» (*El Sanatorio de la Clepsidra*, Maldoror ediciones, 2003), igual que en este pasaje, hace alusión al *Zohar* —*El Libro del Esplendor*— el corpus esencial de la Cábala: explicación del misticismo cabalístico heredado por los discípulos de Simeon ben Jochaj del siglo II, aunque probablemente escrito por Moisés de León en el siglo XIII.

[11]. Es decir, anunciaba y preparaba la venida de Dios, sin ser el mismo Dios (*Isaías* 40.3).

[12]. **Aristóteles:** fue maestro de Alejandro el Grande en los años de su juventud.

[13]. **canzona** (italiano): aquí: una de las más antiguas formas de la poesía provenzal (XII), luego italiana (XIII-XIV), poema lírico que trataba de amor y de aventuras de gesta. Composición poética de diez o más estrofas.

[14]. **Aqueronte** (mitología griega): río que separa en el Hades el mundo de los muertos del mundo de los vivos; **Orco** — (mit. romana), el demonio de la muerte, también lugar donde están los muertos; **Averno** — aquí: el país de los muertos, el reino de las historias y tradiciones.

[15]. **anamnesia** (griego): en sentido filosófico, según Platón: significa recordarse de algo que ya antes uno había conocido y que se refiere al mundo de las ideas; aquí más bien en el sentido de Jung: recordar aquello que está en nuestro subconsciente, apoyarse en el ámbito de imágenes arquetípicas.

[16]. **Siete capas como en la antigua Troya:** durante los trabajos arqueológicos en el lugar donde se encontraba la antigua Troya se descubrieron, en forma de respectivas capas, restos de más de una ciudad.

[17]. **columbarios** (*columbarium*, latín) — antigua tumba romana (en forma de edificio o sala) que dispone de nichos para las urnas con cenizas de los muertos.

[18]. **las Madres:** según Plutarco (Vida de Marcelo, cap. XX), diosas reverenciadas en la antigua ciudad de Engyium en Sicilia. Goethe se sirvió de ese motivo en la II parte de Fausto y, seguramente, Schulz se remite al mismo.

[19]. **infernos**(italiano): infierno; aquí más bien el subterráneo país de los muertos, de las almas eternamente condenadas.

[20]. **Osian**: figura de ficción del bardo celta, creada por el poeta escocés James Macpherson en el siglo XVIII; aquí se trata probablemente del ambiente sentimental, romántico y misterioso.

[21]. **nibelungos**: el nombre de los Nibelungos procede de la epopeya alemana, probablemente de principios del siglo XIII.

[22]. **fábricas**: aquí: palabra que no tiene un significado concreto, se relaciona con «vivero» de fábulas.

[23]. **farfarele**: palabra que se relaciona con la italiana farfarello: pequeño duendecillo, alma; o con farfallo: mariposa nocturna.

[24]. **byliny** (ruso) — antiguas canciones rusas, épicas y heroicas, basadas en temas histórico-legendarios.

[25]. **in partibus infidelium** (latín): a pie de letra: con ese título se nombraba a los obispos-sufragáneos de una diócesis donde los creyentes no son católicos. Aquí: significa sentirse perdido, encontrarse perdido en países lejanos, estar fuera del sentido común.

[26]. **México con su serpiente retorciéndose en el pico de un cóndor:** alusión al escudo de México; apareció en los sellos de este país, en las series editadas en el año 1899 y 1903.

[27]. Se refiere al escudo de la Guyana Británica, que lleva la corbeta y el lema: *Damus petimusque vicissim* que apareció en los sellos de las tres primeras series emitidas en la Guyana Británica en los años 1853-1875, 1876-1882 y 1889-1907.

[28]. **Schónbrunn**: residencia imperial veraniega en Viena.

[29]. Alusión a la vez a la «celestial» procedencia del poder imperial y a los uniformes usados obligatoriamente por los funcionarios estatales de la monarquía. El mismo emperador vestía con preferencia el uniforme militar de color azul; **escalafones y rangos** -aquí: sección, instancia del juzgado, administración pública.

[30]. **Fernando Maximiliano José Habsburgo** (1832-1867): archiduque de Austria, hermano menor de Francisco José I. Según Franciszek Grodzinski [*Francisco José I*, 2ª ed., Wroclaw 1983, págs. 103-104]: «tenía un carácter romántico, le gustaba la poesía, era más un soñador que hombre político». A consecuencia de la campaña de los franceses en México, aceptó la corona imperial de este país (1864) y durante su reinado trató de reformar la administración y desarrollar los intereses mexicanos. Abandonado por las tropas francesas, tuvo que retirarse a Querétaro, donde se rindió a los republicanos y fue fusilado por orden del presidente Juárez.

[31]. En la versión de la historia de Maximiliano creada por Schulz los hechos históricos se entremezclan con la ficción «romántica»: ciertamente el archiduque era el comandante en jefe de la armada austríaca del Adriático y mantenía ilusiones románticas con respecto a su papel en el continente americano; pero el «complot» entre Francisco José I y Napoleón III pertenece a la pura fantasía literaria del autor.

[32]. **panóptico** (*panoptikum*, griego): exposición, museo que alberga colección de rarezas; también exposición de figuras de cera.

[33]. **ceremonial de bienvenida** (*cercle*, francés): aquí: ceremonia durante la cual el monarca ofrece la bienvenida a los invitados a una recepción real.

[34]. **emperatriz legítima de México:** la princesa Carlota von Coburg, hija de Leopoldo I de Bélgica (1832-1867), esposa de Maximiliano de Habsburgo.

[35]. Las elucubraciones para resolver el dilema de «la ascendencia de Bianka» son, supuestamente, una pura fantasía al estilo de las novelas históricas populares del siglo XIX.

[36]. Schulz hace alusión al escudo de Chile donde aparece el huemul — confundido por él con el unicornio—; ese escudo apareció en un sello con valor de dos centavos, emitido en el año 1904.

[37]. **gran Barnum**: se trata del circo más conocido en esa época.

[38]. **curare**: sustancia resinosa que los indios de América del Sur extraen de la corteza del maracure, árbol loganiáceo del género *strychnos*, y que utilizan, por ser sumamente venenosa, para emponzoñar sus flechas y lanzas.

[39]. **carbonario**: se aplicaba al miembro de una sociedad secreta organizada con fines revolucionarios, fundada en Italia en el año 1806.

[40]. **Veracruz:** ciudad de México con puerto comercial muy importante.
Maximiliano Habsburgo (véase nota 30) fue fusilado en Querétaro.

[41]. Se refiere a la historia bíblica de Caín y Abel (*Génesis* 4:1-16). El humo del fuego del ofertorio de Caín se esparcía por el suelo, porque Dios no quiso recibir su ofrenda, y el humo del fuego de Abel se dirigía rectamente al cielo.

[42]. **rey del Piamonte:** Victor Manuel I.

[43]. **Schwarzwald** (alemán): montañas de Alemania, entre el valle del río Rhein, al sur, y la parte baja de Kraichgau, al norte.

[44]. **ignorabimus, (...) ignorabimus** (latín): a pie de letra: «no vamos a saber». Compárese: *ignoramus et ignorabimus* (no sabemos y no vamos a saber) — formulación del filósofo agnóstico alemán Emil Du Bois Reymond.

[45]. **fusilero** (*feldjeger*, alemán): soldado del batallón de fusileros en el ejército austriaco durante el siglo XIX.